

La Ilustración



Artística

AÑO XX

BARCELONA 16 DE DICIEMBRE DE 1901

NÚM. 1.042

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIAS

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el prospecto de la **Biblioteca Universal**, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y *El Salón de la Moda*, correspondiente á la serie de 1902.

Inútil nos parece encarecer la importancia de las obras que ofrecemos publicar en la **Biblioteca Universal**: cada una dentro de su género es digna de figurar al lado de las mejores hasta el presente contenidas en nuestra publicación; y en cuanto á la manera de presentarlas, no ha de desmerecer en lo más mínimo de lo que durante tantos años hemos venido haciendo.

Respecto de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, la larga y brillante historia de esta revista es la mejor garantía que puede darse al público de lo que ha de continuar siendo en lo suce-

sivo: en ella seguiremos publicando originales de nuestros primeros literatos y obras de los principales artistas españoles y extranjeros, concediendo al propio tiempo á los sucesos de actualidad y á las variedades de verdadero interés, así como á los asuntos americanos, toda la atención que se merecen.

Por lo que hace á *El Salón de la Moda*, nada hemos de omitir para conservar el lugar preferente que se ha conquistado entre los periódicos de su clase, llegando á ser un periódico indispensable á las familias.

En suma, nos proponemos continuar por la senda hasta ahora seguida, alentados por el creciente favor que el público dispensa á nuestra publicación, que por sus condiciones de bondad y economía bien puede calificarse de única, no sólo en España, sino que también fuera de ella.

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el quinto y último tomo correspondiente á la serie del presente año, *Oliverio Cromwell. Su vida y su carácter*, obra escrita en inglés por Arturo Pater-son. Este libro es un estudio del período más interesante de la historia de Inglaterra y de la personalidad culminante de aquella época, y en ella se nos presenta la figura del Protector tratada, no en virtud de investigaciones más ó menos caprichosas, sino según documentos auténticos y principalmente cartas del propio Cromwell; tiene, pues, aparte de su valor histórico, el atractivo de darnos á conocer en sus intimidades, así privadas como públicas, al que por espacio de algunos años rigió los destinos de la nación inglesa.

Forma un tomo profusamente ilustrado con reproducciones de curiosos dibujos, esculturas y cuadros existentes en museos, bibliotecas y colecciones particulares de Inglaterra.



LA BUENAVENTURA, cuadro de Gonzalo Bilbao

(Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1901)

SUMARIO

Texto. - *Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. - *Ermete Zacconi*. - *Carrasquillo*, por Carlos María Ocantos. - *Los deportes en la educación de los ciegos*. - *Concurso de aviación*. - *Cuentos provincianos. Las niñas del registrador*, por Crisóbal de Castro. - *Nuestros grabados*. - *Problema de ajedrez*. - *Un misterio*, novela ilustrada (conclusión). - *El rayo de forma esférica*, por Mario Otto. - *La coraza Szecepanik*. - *Una curiosa explotación salina en los Estados Unidos*, por P. de Merel. - *El submarino norteamericano «Shark»*.

Grabados. - *La buena ventura*, cuadro de G. Bilbao. - *Ermete Zacconi*. - Dibujos que ilustran el artículo *Carrasquillo*. - *Los deportes en la educación de los ciegos*. - *Ménade danzante*, escultura de E. Seger. - *Concurso de aviación*. - *Recurso de Venecia*, cuadro de F. Cabrera. - *La vendimia en Grinzins*, cuadro de A. D. Goltz. - *La viuda*, cuadro de E. Luyten. - *Sola!*, cuadro de W. Firlé. - *Jarrón*, obra de F. Metzner. - *Hansel y Gretel*. - *Retrato en relieve*, obras de J. Tautenhayn. - *El rayo de forma esférica*. - *El submarino norteamericano «Shark»*. - *Coraza de Jan Szecepanik*.

CRÓNICA DE TEATROS

Salgo del estreno de *Las flores*, última producción de los hermanos Quintero.

A esta obra la han matado los amigos. Hace tres meses que estamos oyendo alabanzas continuas de la comedia. Los autores, incautos como jóvenes, se la han leído á cincuenta ó sesenta personas. Lectura en esta casa, lectura en la otra, lectura en el teatro con un auditorio de amigos y compañeros, que son los peores enemigos con apariencia de entusiastas. En calles y paseos, casinos y cafés, un elogio anticipado y continuo de la comedia.

¿Qué había de suceder?

Lo que sucede siempre en estos casos. El público acude al teatro creyendo que va á oír la mejor comedia del siglo. Al público además se le hace pagar á doble precio la localidad, con lo cual sólo se logra que sea doblemente exigente. A la menor cosa, el público se enfada, se desvía, se pone de frente, no hay obra posible.

Aun así y todo, cuando una obra tiene gran fuerza y el autor se apodera del espectador para conmovérle ó para divertirle, todas las animosidades desaparecen, el espectador se entrega y aplaude.

Pero en la comedia de que se trata no hay una acción que interese, ni aquel caudal de chistes y gracias que los jóvenes autores han derrochado en anteriores obras. La comedia es monótona, y voy á decir por qué.

En primer lugar, es tanto lo que los autores han abusado del género *andaluz*, que ya va pareciendo demasiado. Tres largos actos con ocho ó diez personajes que hablan todos con el acento sevillano y con las palabras sevillanas y los *timos* sevillanos, son demasiada ración de Andalucía.

La manía moderna de que las comedias en vez de comedias han de ser conversaciones, diálogos, frases ingeniosas, también es muy peligrosa.

Resulta que á pesar del gracejo y talento de los autores, su obra sabe á poco. Los lectores de LA ILUSTRACIÓN saben el cariño que yo tengo á los hermanos Quintero y los elogios merecidísimos que constantemente les envío desde estas columnas; y por eso mismo comprenderán la pena que siento al tener que decirles lo que sinceramente pienso.

Y ahora les diré que sus amigos les hacen más daño que sus enemigos. La noche del estreno había en el teatro algunas personas que fueron decididas á matar la obra. Si ésta hubiera sido completa, es decir, si los actos segundo y tercero hubieran sido tan buenos como el primero, ni los *reventadores*, como ahora se dice, ni el público enojado por lo cara que le costó la entrada, hubieran vencido á los amigos incondicionales. Desgraciadamente, aquel tercer acto no le gustó á nadie.

Y no es que no tenga todas las bellezas que puedan pedirse á autores tan capaces de derramarlas á granel, no. Es que no basta que las obras dramáticas sean muy literarias y rebosen buen gusto. Han de ser ante todo *teatrales*. Lo sensible es que dos autores tan conocedores del teatro hayan olvidado esta vez el teatro por dar rienda suelta (demasiada) á su fantasía andaluza.

Pero, en fin, como esto nos ha sucedido á todos, la cosa no tiene nada de particular, y en otras obras se resarcirán del tiempo y trabajo perdidos en esta. Lo que les repito, porque les quiero mucho, es que tengan cuidado con sus amigos, y que no lean sus comedias á nadie, y que desconfíen de la opinión

preventiva de los sabios, porque los sabios que no han hecho comedias y no saben los chascos que da esto del teatro, son muy malos jueces y hacen mucho daño con sus alabanzas. Vienen luego mil tonos juntos que se llaman el público y disponen de las obras como quieren, y su fallo es terrible. Y esto es inevitable, y eso es el teatro.

**

Hansel und Gretel se llama la ópera estrenada en el teatro Real.

Ópera tranquila, plácida, dulcísima, candorosa; muy bonita, y con una música de Humperdink, hermosísima. Creo que en Barcelona se ha estrenado antes que en Madrid, de modo que á esos lectores no les cuento nada nuevo. Lo que sí puedo asegurarles es que la ópera ha sido puesta en escena en



El eminente actor italiano ERMETE ZACCONI, que actualmente trabaja en el teatro de Novedades de esta ciudad

Madrid con tal lujo y propiedad tan grande, que exceden á toda ponderación.

Luis Paris, director, y Amalio Fernández, pintor, han hecho prodigios de *mise en scène*, y el público lo ha agradecido mucho. Hay ópera para toda la temporada, y el público la oirá cada vez con más gusto.

**

En la Zarzuela...

Aquí debiera yo llenar una columna de puntos suspensivos, porque es raro el caso de un escritor á la vez autor dramático y cronista de teatros. Y como en la Zarzuela se ha estrenado una de este pecador servidor de ustedes, me suprimo al dar cuenta de ella, contentándome con decir que la música de Jiménez se repite todas las noches, que el decorado de Amalio es digno de él, que no sé si con razón ó sin ella hay mucha gente todas las representaciones y que me alegraré mucho que este estado de cosas dure todo el año.

**

La Maya no duró en el cartel del teatro Español más que seis ú ocho días.

Es obra simbólica, como dicen ahora, con muchas cosas raras, y versos patrióticos, y defensas del ejército, y de España, y de la futura regeneración, y toques de oraciones, y toques de diana, y amaneceres, y oscureceres, y todo lo que la fantasía de Leopoldo Cano es capaz de inventar.

Pero no resultó, y ahora están preparando en

aquel teatro un drama que se llama *El Leoncillo*, original de Cavestany, y en verso y todo. Dios nos coja confesados, y celebraré mucho que sea del agrado de los señores.

**

En el teatrillo de Lara siguen estrenando piezas que han de ser, por voluntad expresa del fundador, muy honestitas, muy modestitas, muy de familia. La menor palabra que á la empresa le parece grave hay que suprimirla, y aun á las comedias que se han representado siempre tal y como sus autores las escribieron, se les varían las frases que á la dirección le molestan.

Así, por ejemplo, en una comedia titulada *Los pavos reales*, que se está poniendo en escena en todos los teatros de España hace cuarenta años, se dice en el primer acto en una escena entre la señora y la criada, que están haciendo la cuenta de la plaza:

- Un conejo, cinco reales.

- Es muy caro.

- Dicen que hay una enfermedad en los conejos.

La empresa, enmendando la plana al autor, con una falta de respeto increíble, substituye la frase con esta otra:

- Hay una enfermedad en la caza.

No se había visto eso nunca. Dicen que es por no ofender al abono... ¡Como si los que lo componen no fuesen los mismos que van á la cuarta de Apolo y á Romea á ver la pulga!

**

La afición al melodrama no desaparecerá nunca.

Se dirá que es género anticuado, que representa los *antiguos moldes*, que no es cosa de estos tiempos; pero allí donde se representan esas obras emocionantes en las que el público sigue con ansioso interés la acción, acude muchísima gente, y no serán nunca viejos aquellos dramones, porque el vulgo es sentimental, y va al teatro á una de estas dos cosas, ó á interesarse ó á divertirse.

Digo esto porque las modestas compañías que actúan en los teatros de Novedades y Moderno y hacen el antiguo repertorio sensacional, ven recompensado su trabajo con la asistencia de un público muy sano, muy sencillo, muy dispuesto á llorar cuando la dama está en peligro y á respirar feliz cuando al *traidor* le dan su merecido. El público tiene algo de infantil, es bonísimo, y por eso no debe distraérsele ni conviene extraviarle con las mil cosas raras que toman el nombre de modernismo, realismo, naturalismo, y que

es un pretexto para hacer comedias sin comedia, trabajar poco y meter mucha bulla.

**

El mes no ha dado más de sí, la crónica acaba aquí, los estrenos no han sido felices, y es á fe bien desagradable para el cronista tener que dar cuenta de fracasos.

Pero como en el teatro el que hoy cae mañana se levanta y los autores jóvenes son los llamados á lograr los grandes triunfos, me despido de ellos hasta el mes que viene, saludándoles con la misma admiración de siempre.

EUSEBIO BLASCO.

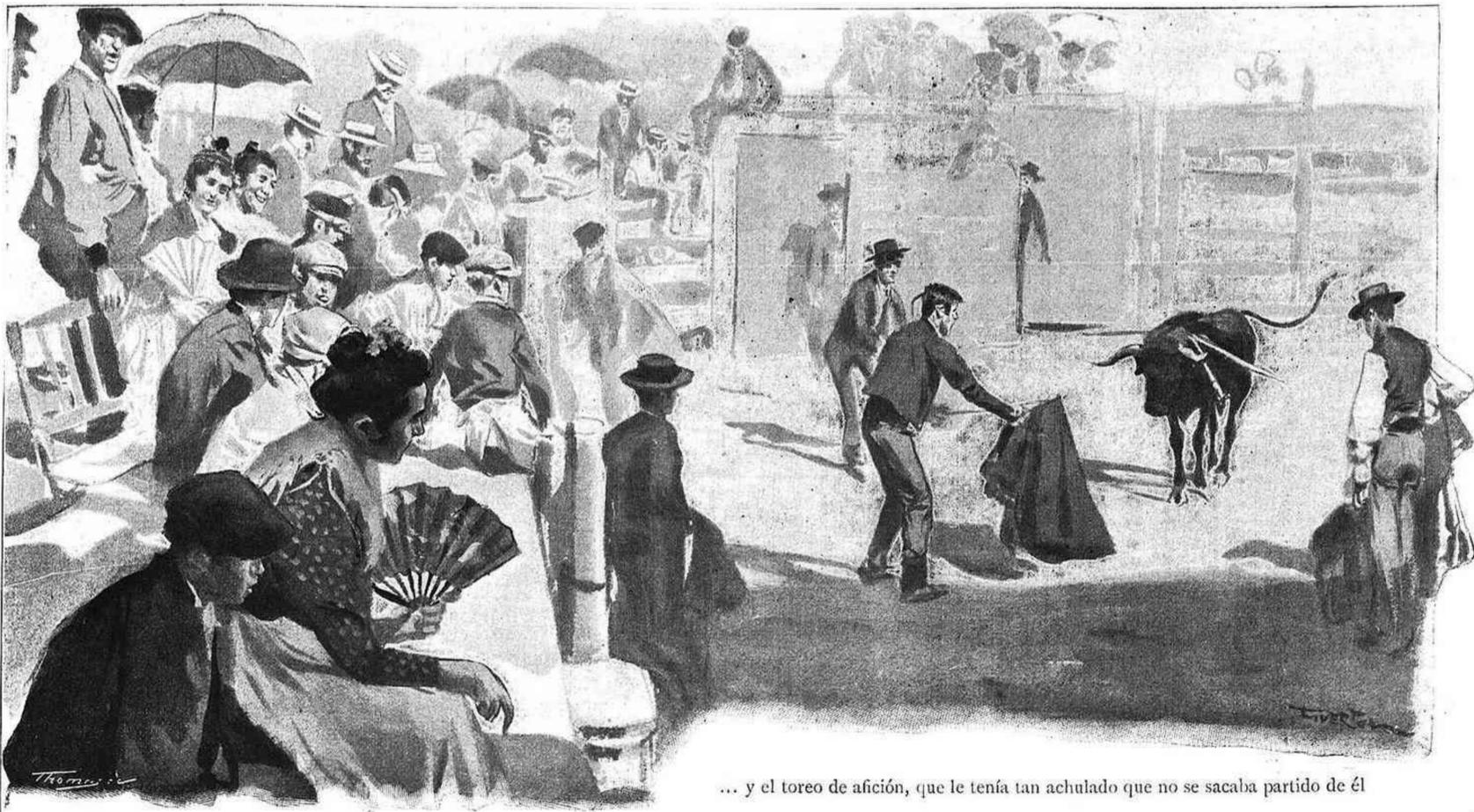
ERMETE ZACCONI

Por derecho propio figura Ermete Zacconi entre los primeros actores de nuestros días. Dotado de un temperamento dúctil extraordinario, amóldase con admirable facilidad á todos los géneros y con igual maestría representa la tragedia clásica que el drama moderno.

Para sus excepcionales aptitudes, la representación escénica de los más diversos caracteres, la manifestación de los sentimientos más variados, la ejecución de las más opuestas escenas no ofrecen dificultad alguna.

Ha hecho un estudio acabado de cada uno de los personajes que interpreta, y domina como pocos los recursos que el arte ofrece al autor para llegar directamente al alma de los espectadores, imponiéndose siempre á éstos y produciendo en su ánimo impresiones que tardan en borrarse y jamás se olvidan.

Su carrera artística es un continuado triunfo; y el público de Barcelona, en donde actualmente se encuentra, premia todas las noches con sendas ovaciones entusiastas su labor maravillosa.



... y el toreo de afición, que le tenía tan achulado que no se sacaba partido de él

CARRASQUILLO

Carrascón, el padre de Carrasquillo, estaba desesperado. ¡Que un muchachote robusto y hermoso como aquél, listo, ágil y buenazo hasta dar en los límites de la mansedumbre, bachiller al igual que su homónimo cervantino y sabiendo de todo más que un libro cerrado, dejárase dominar de la pereza, que atrofiaba su voluntad, y en la molicie fuera gastando cuarto tras cuarto el haber de su madre difunta, la Carrasca! Y en tontunas nada más: con la barajita y el dominó y el tute de copas y la discusión política y el toreo de afición, que le tenía tan achulado que no se sacaba partido de él. Proposiciones ventajosas para casarse se le brindaron varias á Carrasquillo, de mozas guapas y bien acondicionadas; pero él que no, y á la taberna ó al capeo de reses, con su chaquetilla corta, el pantalón muy justo y el cordobés sobre los ojos, encendiendo de amor los corazones femeninos que le salían al encuentro, como fósforo que á la pólvora se juntase.

Pensaba Carrascón, y pensaba bien (que era hombre sesudo y cabal), que mientras no pasara á vicios mayores sería relativamente fácil curar á Carrasquillo de este sarampión juvenil en que caían todos los del pueblo, más ó menos gravemente, y que si no se acudía á tiempo, no digo yo el haber de la Carrasca, sino el de toda la carrasqueña familia se iría en cuernos y copas. Y Carrascón se tiraba de los pelos (que los tenía muy largos y recios) cada vez más desesperado.

Entretanto, como esto no parecía remedio apropiado para sanar al muchacho, con amañes y socaliñas llevó á la consulta de un médico, como extranjero muy sabio, famoso porque decía las más graciosas verdades del mundo con tal frescura, que escuchar una de ellas y sentir la impresión de una coz era todo á un tiempo, y no había más que reirse y rascarse.

Examinó profundamente el sabio al chulillo, le metió las gafas por todos lados y soltó la coz científica en esta forma: «Raza degenerada. Depresión cerebral, de la que el corte del cabello, la cintura ceñida y la caída del sombrero son síntomas inconfundibles. Inútil para el trabajo. O cambia de vida y de ropa, ó muere en corto plazo,» dijo, y cobró sus buenos duros en moneda de su tierra, que pesa más. Los otros se volvieron furiosos: Carrascón, por aquello de la raza, que se le figuraba un insulto á todos los Carrascos, familia honradísima, valiente y laboriosa, algo venida á menos, pero emparentada de lejos con reyes y señalada ya en las historias en tiempos que los paisanos del sabio andaban á cuatro

patas; y Carrasquillo, por el bromazo del padre y la desvergüenza del viejo, que así le había tratado, sin respeto á sus tufos.

Y ocurrió que se engolfó más en la chulería, cayendo en garras de usureros las mejores parcelas de tierra de su haber. Se pasaba la noche en la taberna; y cuando los pájaros madrugadores convidan al trabajo, y el sol, amigo de la gente honesta, doraba la flecha del campanario, marchaba á tumbarse á su casa, donde á pierna suelta santificaba los días que no eran festivos, que éstos y los domingos, ya se sabía, Carrasquillo en la plaza, muerto de gusto con el despanzurrar de los pencos y ebrio de sangre hasta el delirio. Llegó á tanto su desatino, que con cuatro gandules de su especie formó una comparsa, mandó que le hicieran un traje de luces, y en la primera corrida de becerros organizada, su triunfo fué tan grande, que el eco de los aplausos dejó sordos á muchos vecinos y aún perdura en los carrasqueños anales.

Mientras él ocupaba así su tiempo precioso, los usureros no perdían el suyo, y hacían mangas y capirotes del campo, que era de labor y de mucho rendimiento. Carrascón, que les espiaba, daba voces paternales, y de tanto vocear él y tanto abusar los otros, se armó un zipizape en la taberna, donde el más contundente estacazo derribó á Carrasquillo hecho una pelota.

La mata cabelluda de Carrascón era abundante, felizmente, y á ella se prendió mi hombre clamando justicia. Tenía el pobre Carrasquillo una raja en la cabeza, en la que cabía holgadamente la mano, estropeadas las narices y desconcertados varios huesos, por lo cual todos creyeron que si no se le acababa la vida, perdería seguramente el poco seso que almacenaba. Le sacramentaron y velaron, afligidísimos; muchos daban ya el pésame á Carrascón, y

éste lloraba á mares, por él y por la parte que á su difunta Carrasca le hubiera tocado en la desgracia.

Pero la juventud, generalmente, no se deja abatir como no sea de alfeñique, y por eso hay quien dice que vengan palos en carnes frescas, los que, aumentando la circulación sanguínea, robustecen y preparan el cuerpo para los golpes de la suerte; esto debe de ser verdad, pues de allí á tres días se levantó Carrasquillo más sano que antes de la paliza, y si de algo dió muestras, fué de hambre y no de dolor. Calmado que hubo esta natural impertinencia del estómago, pidió su ropa de diario, la de los domingos y el traje flamante de luces; hizo un lío con todo y lo arrojó al corral por la ventana; vistió un pantalón y una chaqueta del padre, de sus buenos tiempos de labriego, se cortó los tufos, cogió una azada y se marchó al campo que le quedaba, último resto de su hacienda... Carrascón, que le seguía, le tuvo por rematadamente loco. ¡Y qué decir cuando le vió detenerse en la taberna y con muy compuestas razones exhortar á los de dentro á que dejaran barajas y copas y fueran á dar su sudor á la tierra, que les esperaba amorosa y sedienta! ¡Y qué, cuando delante del pueblo entero consternado, comenzó á manejar la azada, y dando azadonazos se pasó el santo día!

— ¡Carrasquillo está loco! ¡Infeliz Carrasquillo!, exclamaban todos en unánime coro.

¡Infeliz Carrasquillo! ¿Quién podía dudar que estaba chiflado, cuando se supo que en la puerta de la plaza colgado había un cartelón que decía en grandes letras: *Escuelas públicas*, y en su aborrecimiento por la fiesta nacional, intentó con las tablas de los tendidos armar bancos, y todo convertirlo en material para la enseñanza, como en tiempo de guerra todo el metal se funde para balas y cañones? Iba por las calles reclutando niños y adultos, lo mismo los vagabundos que los que no lo eran; y por los pueblos, maestros, todos los que quisieran venir, que bien pagados y contentos saldrían. Ciego en su campaña, hacía á todos frente, y brazo á brazo peleaba con la ignorancia, con la pereza, con el vicio, con la miseria, con la rutina, con la plaga entera de males que á él le llevaron hasta ser apaleado y puesto á dos dedos de la muerte; y seguro de vencer, arrollaba cuanto se le oponía.

Carrascón fué en nueva consulta al sabio de marras, y el sabio le plantó esta coz en mitad del pecho:

— Curado está, si persiste; si cede y vuelve á las andadas, déle usted por muerto.

Lo que no cuenta la historia es si Carrasquillo persistió en su locura y se curó radicalmente. El tiempo lo dirá. — CARLOS MARÍA OCANTOS.

(Dibujos de Huertas.)



... y dando azadonazos se pasó el santo día!

LOS DEPORTES

EN LA EDUCACIÓN DE LOS CIEGOS

Inglatera, la nación en donde antes han alcanzado su florecimiento y su desarrollo los deportes, ha sido también la primera en establecerlos en grande escala como parte de la educación de los ciegos. Sin embargo, un instituto sostenido por el Estado no puede permitirse el lujo que para él significan el sostenimiento de numerosos tandems, patines y otros aparatos análogos. Para ello no dispone de medios bastantes ni de tiempo suficiente para el cultivo de los deportes, pues también en aquel país se considera como fin primordial de la educación de aquellos desgraciados la actividad industrial, y á el se ajusta, por consiguiente, la enseñanza de los mismos.

El «Real Colegio Normal y Academia de Música para ciegos» de Norwood, cerca de Londres, institución magníficamente sostenida con recursos particulares, y uno de cuyos principales patronos fué el duque de Westminster, recientemente fallecido, ha sido el primer establecimiento que ha proporcionado á sus educandos todo lo necesario para que puedan dedicarse á los ejercicios corporales que representan los grabados de esta página y los que, completando el presente artículo, publicaremos en el próximo número. Mr. Campbell, director actual de este colegio, fundado por el Dr. Armitage, tan conocido en la historia de la educación de los ciegos, está realizando grandes esfuerzos para amoldar esa institución á las exigencias, así artísticas como higiénicas, de los modernos tiempos, á fin de proporcionar á los ciegos aquello que siendo sano para los niños dotados de vista, más ha de serlo para quienes han alcanzado en su mayoría menor desarrollo corporal que éstos, y ha de permitirles el desenvolvimiento completo de sus fuerzas físicas, proporcionándoles el supremo bien de la vida, la salud.

Los deportes constituyen la mejor compensación del trabajo mental que realizan los educandos en las muchas horas dedicadas á ejercicios musicales. En el *Normal College* la mitad del tiempo se consagra á la gimnasia, á la boga, á la natación, al ciclismo, á la pelota, al *football*, á la patinación y al trineo. En la gimnasia realizan los niños cosas asombrosas, trabajando con seguridad y precisión grandes aisladamente ó combinados en artísticos grupos; y cuando se ve con cuánto ánimo y viveza practican los ejercicios más difíciles y los saltos más arriesgados, cuesta trabajo creer que se trata de gimnastas ciegos.

Estos ejercicios gimnásticos los hacen á menudo niños y niñas juntos, según el sistema de educación americano, al cual se deben, como es sabido, las íntimas relaciones de amistad que

con frecuencia existen en América entre los dos sexos.

Los aparatos empleados para la gimnasia son de muchas clases y cada uno es modelo en su género, teniendo representación en ellos todo lo mejor que se ha inventado en Inglaterra y en el extranjero, es-

pecialmente en Suecia. Los más interesantes son sin duda las máquinas para vigorizar los músculos de las distintas partes del cuerpo, mereciendo especial mención por la importancia particular que tiene para los ciegos, tan propensos á dejar caer la cabeza, uno destinado á apretar los músculos del cuello. Tam-

bién son dignos de ser mencionados los juegos de movimiento al aire libre, tales como el del picadero y los columpios para niñas y niños que todavía no están en edad de dedicarse á la bicicleta y á la boga.

Ya se comprenderá que, aun tratándose de adultos, ni el ciclismo ni la boga pueden practicarlos los ciegos sin llevar un guía. Las excursiones en velocípedo se extienden á veces á recorridos de cincuenta y sesenta millas. En un principio, las máquinas que para este deporte se empleaban eran sólo para seis asientos, más fáciles

naturalmente de manejar que las de mayor número de éstos; pero en la actualidad las que se usan son para doce personas. Cada par de ruedas tiene dos asientos, y los individuos que en ellos van se apoyan el uno en el manillar y el otro en unos brazos que hay á los lados. En el asiento trasero del primer par va el guía que maneja el primer manillar, y gracias á esta disposición la ciega sentada delante de él adquiere un gran sentimiento de seguridad é independencia. El guía además describe el paisaje, explica lo que durante la excursión va ocurriendo; en una palabra, hace que los ciegos vayan familiarizándose con el espectáculo siempre variado que les rodea, de tal manera, que dadas la gran impresionabilidad de aquéllos y la habilidad extraordinaria de los profesores modernos para describir fielmente las cosas á los desgraciados puestos bajo su cuidado, las excursiones resultan tanto más provechosas cuanto que demuestran considerablemente el caudal de conocimientos de los que en ellas toman parte.

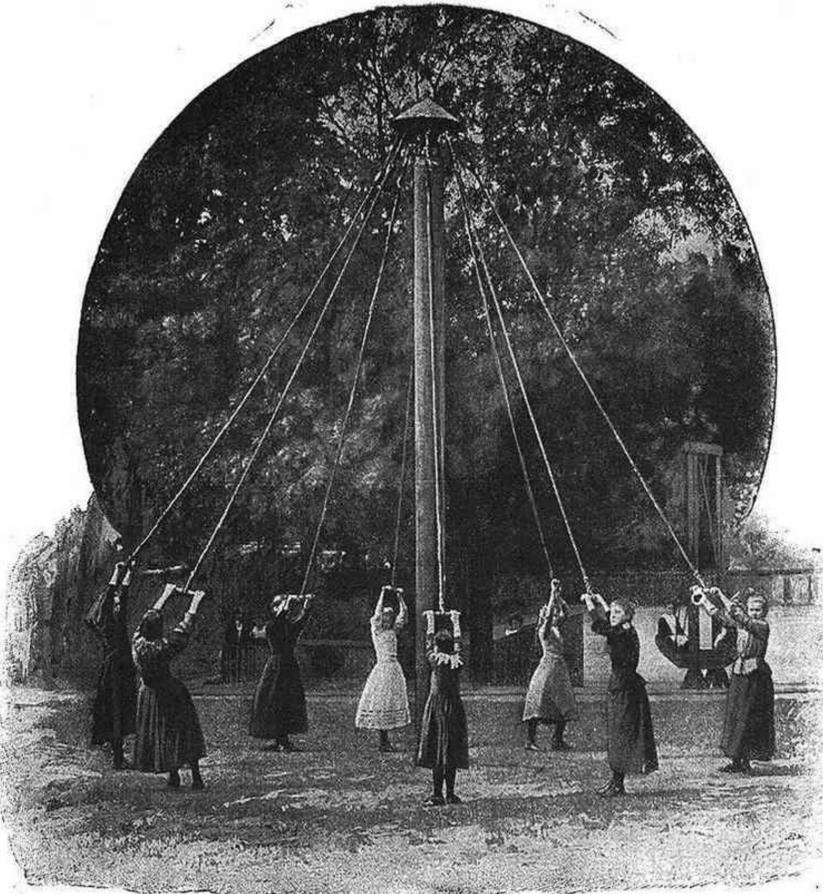
De análogo modo se verifican en la estación oportuna partidas en trineo, con preferencia por los ríos, que se realizan en primitivos trineos de madera, en los cuales caben perfectamente seis personas, sentadas una detrás de otra y con los pies estirados: en ellos, el guía ocupa el primer asiento, que es el que tiene el aparato de gobierno. En los ejercicios de boga, el guía empuña el timón; los remeros son indistintamente ciegos ó ciegas.

La enseñanza de la natación se verifica al principio por los mismos procedimientos que cuando se trata de personas dotadas de vista, es decir, sujetando al nadador con garfios, cinturones y cuerdas hasta conseguir que éste adquiera cierta seguridad, y entonces se utiliza un resbaladero con listones colocado en forma de plano inclinado para que los nadadores se lancen al agua de pies ó de cabeza, de manera que al caer puedan orientarse fácilmente.

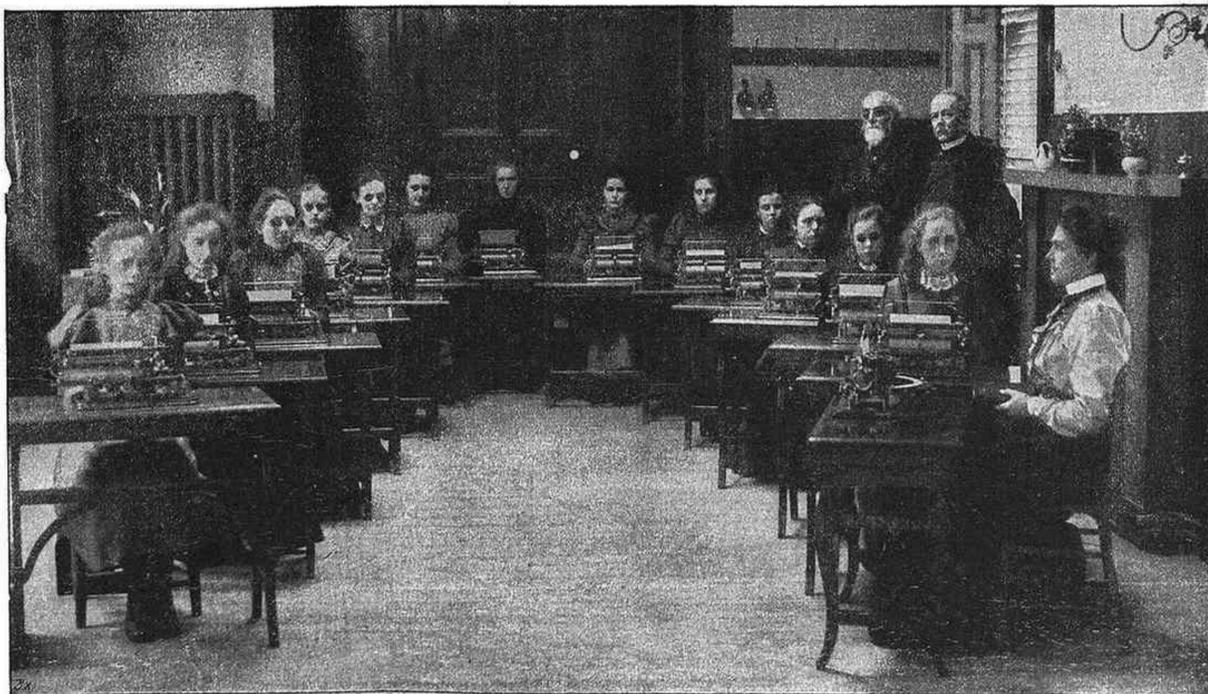
(Concluirá)



Ejercicios de palos y pesas practicados por los ciegos



Niñas ciegas ejercitándose en el picadero



Clase de escritura á máquina para niñas ciegas



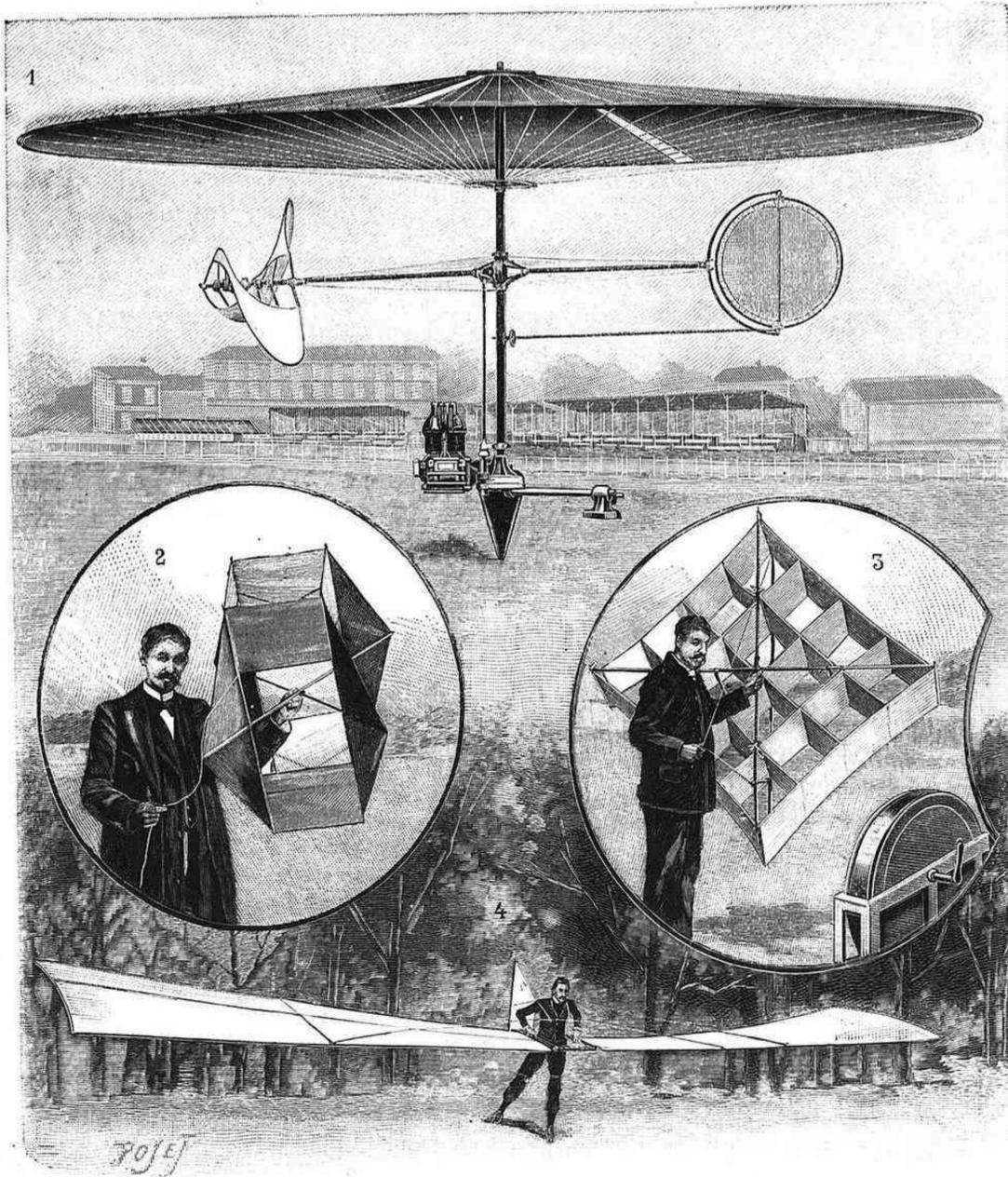
MÉNADE DANZANTE, escultura de E. Seger

CONCURSO DE AVIACIÓN

Se ha celebrado en París hace poco un concurso de aparatos de aviación que ha obtenido un éxito muy lisonjero y que indudablemente será el punto de partida de nuevos progresos para la rama de la ciencia que se propone dominar el aire. Los aparatos de aviación propiamente dichos eran pocos en número, aparte de los modelos de pájaros mecánicos; el adjunto grabado reproduce los principales de ellos, tales como la cometa Blin Desguée, á la que el jurado ha concedido el premio, y la cometa Lecornu, que había sido ya premiada en el concurso celebrado en Vincennes durante la Exposición Universal de 1900.

Reproduce asimismo el aparato Villars, destinado al estudio experimental: descansa en el suelo sobre un zócalo puntiagudo; en el extremo del eje vertical hay una gran hélice de siete metros de diámetro parecida á un paracaídas; debajo, un eje horizontal que lleva á un lado una pequeña hélice y en el otro un volante movido por la mano del hombre. Por último, en la base y á un lado hay un travesaño de suspensión para situarse en él el operador y en el otro un motor Buchet con dos cilindros que hace funcionar la hélice superior. La hélice grande, al girar, provoca la ascensión como en todos los helicópteros. La pequeña hélice de la izquierda movida á brazo es el órgano propulsor y de dirección.

La figura número 4 representa el gran aeroplano de M. Desmouveau, cuya ala derecha se rompió en la primera prueba á algunos metros del suelo. — D.



Concurso de aviación celebrado en el velódromo del Parque de los Príncipes, de París. — 1. Aviaador Villars — 2. Cometa prismática con aletas de Blin Desguée. — 3. Cometa multicelular Lecornu. — 4. Aeroplano Desmouveau

«¿Estaría bonito!.. No, señor... Tú á reponerte, á comer bien, á ser la señora de la casa. ¡Pobre!.. ¡Demasiados trabajos tienes sobre tí!.. Y yo á mis obligaciones, á fregotear, á vivir entre ollas y pucheros... ¡Después de todo, soy que ni pintada para estas cosas! Porque ¿qué sacaría yo con adornarme y ponerme muy pin-

colores de salud que daban gloria. Su busto arrogante salía de la silla, como una flor de la maceta, con un balanceo airoso. Sus grandes ojos, tan grandes que le comían la cara, parecían como adormecidos y tenían penumbras traicioneras. *Hámlet* la miraba como el pobre al rico, como el enfermo al sano, como el triste al alegre; pensando que en aquella mujer tan bonita estaba *la otra mitad* de su ser, la que á él le faltaba... Y ella, la desdichada, comenzó á sentir la placidez del triunfo, y sin querer, sin querer lo miró de un modo...

El notario, como si le hubieran pinchado, le dijo con voz temblona:

— Tenemos que hablar... A la noche.

— Bueno, respondió Luisa suavizando la voz, de manera que aquella palabra, más que palabra fué un suspiro desmayado.

A esto llegó Rafaela. Los dos, como sorprendidos, hicieron un movimiento sospechoso. Luisa se puso roja como un tomate y *Hámlet* blanco como el papel. Rafaela los miró con todas sus fuerzas, como si los quisiera descuartizar para verles aquellos corazones tan infames; pero con su voluntad soberana se repuso, se calmó y volvió á estar como antes, como siempre; en el comienzo de la sonrisa, á las puertas de la bondad y del agrado...

Y cuenta que no era de piedra, sino que sabía sentir más hondamente, más delicadamente que nadie; pero voluntad como la suya no había otra.

Aquello — los movimientos que había sorprendido en *Hámlet* y en Luisa, — *aquello*, como tuviera remedio en lo humano, lo remediaría ella. Ahora, si es que lo había dispuesto así el Señor...

Estas fueron cuentas de por la tarde. Pero al llegar la noche no podía más. Se

ahogaba, se moría; le entró un desasosiego, un no poder parar en sitio alguno, una tribulación...

¿Serían celos?.. No, celos no eran; era otra cosa peor, muchísimo peor. Era cobardía, miedo, falta de fuerzas para la lucha, desmayos..., dejarse morir...

II

Acabaron de cenar, y salió Rafaela diciendo que iba á ver á su tía. Salir ella y entrar su tía, doña Emilia, fué todo uno. Iba la buena señora dispuesta á pasar allí la noche, porque su marido, desde que Luisa había vuelto, se acostaba con las gallinas, para que no fuera la gente con monsergas de política. Y la buena señora, sola como un avión, se aburría.

Salió Rafaela á la calle á punto de ánimas, cuando, por ser el siguiente día festivo, habían armado las campanas un repiqueteo descomunal, alborotando el pueblo con su mezcolanza de sonos: graves, llenos, «anchos» como reverendos canónigos, los unos; y tan atiplados y finos los otros, como beatas relamidas.

Las calles estaban más animadas que nunca, porque era la hora crítica de tertulias, casinos, visitas y noviazgos. En las tiendas había bulla, como víspera de festividad, y las jornaleras, con sus mantones afelpados, estaban de codos en los mostradores. Los muchachos iban, como las mariposas, á sentarse á la luz en los escalones de piedra, y jugaban á *civiles* y *ladrones*, metiendo bulla y jolgorio, más animados cuanto mayor era el repiqueteo.

En las puertas había mucha gente asomada.

Pasaban las señoras, con sus largas capas de abrigo y con toquillas á la cabeza.

— Con Dios.

— Vayan ustedes con Dios.

Y se oía ese silabeo de mujer curiosa:

— ¿Quiénes son?..

— Las de Fulano, las de Zutano.

CUEENTOS PROVINCIANOS

LAS NIÑAS DEL REGISTRADOR

I

Aunque ya talludas y casadas, formando rancho aparte del hogar paterno, para todo el mundo Luisa y Rafaela seguían siendo *las niñas* del registrador.

Cuando yo las conocí — y de esto no hace mucho — la mayor, Luisa, había envidiado recientemente; y tanto por no tener hijos, cuanto por andar la pobre escasa de recursos, se había ido á vivir con su hermana Rafaela, casada con Escobar, el notario del pueblo, al cual habían dado las gentes en decirle *Hámlet*, por sus rarezas y extravagancias.

Había entre las hermanas muy notable diferencia; Luisa era una pintura de mujer: alta, recia, alegre, frescachona; y Rafaela, en cambio — aunque de gran corazón y despierta de sentidos, — era la infeliz fea de remate. Además, sus gustos y condiciones variaban mucho; la hermana bonita, hecha al cortejo y á la alabanza, no podía vivir sino en el bullicio, y sus inclinaciones tiraban á la fiesta, al callejeo, á la exhibición, á la luz donde más podían relumbrar sus ojos bonitos y engallarse aquel su divino cuerpo de andaluza triunfadora. La fea, naturalmente, sentía afición á la soledad, madre piadosa de los vencidos; al recogimiento, á la paz, al descanso; allí donde no la pincharan burlonas sonrisas, ni la hirieran miradas de despreciativa compasión.

En aquel otoño, el luto del padre las retenía en casa. Hacían vida conventual y eran contadas las personas que en la notaría ponían el pie.

Luisa se empeñaba en ayudar á Rafaela, que quiere que no; deseaba barrer, fregar, encargarse de la costura, aviar la comida..., ¡qué sé yo! Pero su hermana no lo consentía. ¡Buena era ella! «¿De modo que encima de tu desgracia, de que vienes hecha un

turera?.. ¡Los pies fríos y la cabeza caliente!..» Y tanto y tanto machacó, que así fué, como Rafaela quería. La viudita se daba una vida regalona y señoril; no se metía en los menesteres caseros; levantarse tarde, comer, dormir y pasear toda la casa con los mejores vestidos de Rafaela; porque ella, á la muerte del calaverón de su marido, se había quedado con lo puesto.

Una tarde dispuso Rafaela de hacer la carne de membrillo y sacó al patio todo un ejército de calderos, peroles, vasos y copas.

Luisa, con un delantal blanco, sentada junto á la caldera hirviendo, rayaba los membrillos con primorosa destreza, mientras la hermana, *de trapillo*, con las greñas hasta el cogote, soplabla la lumbre.

Hámlet, con pantuflas y gorro turco, las ayudaba en la faena, teniendo á su cargo los cartuchos del azúcar. Parecía un moro vendiendo dátiles.

Comenzaba á anochecer. En el encañado de las rosas de Pasión dejaba el sol un chorro de claridad que llovía su polvillo dorado sobre las matas de hierbabuena. Las hojas verdes, muy verdes, cabeceaban, como con sueño, al airecillo de la tarde. Entre los granados en flor se veían las colas de los gorriones moverse ligeras y airosas, como cerrados abaniquillos, y en los patios de la vecindad, las criadas jóvenes cantaban poemas de celos africanos, crujían las garruchas de los pozos y en los arriates de ladrillo las matas de dompedros tiritaban porque el sol se les iba. Oíanse los aletazos de los palomos, y de vez en cuando un arrullo monótono y continuado les hacía levantar las cabezas: un macho moñudo dejaba colgar su enorme buche dando vueltas alrededor de una pichona blanca que, inmóvil en el alero del tejado, miraba al cielo con sus ojos redondos de color de miel.

Rafaela entró á la cocina por un cazo. *Hámlet* volvió hacia Luisa la cara. Estaba encendida, con unos

Por los balcones del casino principal salían chorros de luz, y tras los cristales empañados se veía á los señoritos jugando á las cartas.

En todas las esquinas, grupos de mozuelos con capa estorbaban el paso, y en las rejas, los novios, con la cabeza entre los hierros, chupaban los cigarros para ver las caras de sus amantes.

Rafaela atravesó la calle Real, tapándose con su gran mantón de abrigo; torció luego, pasando de largo por la casa de su tía, y salió á las afueras, al campo, á la soledad y á la tristeza, buscando la muerte, dejando atrás todo aquel zumbido de colmena, huyendo de las risas, de los gritos, de las conversaciones, de los novios, de los hombres, de la vida...

Ya en las últimas casas dormía todo. La noche era fría, y el empedrado estaba escurecido por la escarcha que comenzaba á caer en gotitas, como si la echaran con un pulverizador.

Había alguna claridad, porque las estrellas brillaban mucho en aquel cielo raso y azulino, cabrilleando como las ascuas entre el rescoldo; y la carretera, blanca y sinuosa, como una cinta arrugada, se destacaba más y parecía el letrero de un marbete pegado al fardo negruzco de los barbechos.

El río zumbaba ronco y cansado, como un viejo murguista que toca siempre el mismo aire, abrigado en su bufanda de niebla.

Rafaela echó á andar carretera adelante, sin otro pensamiento que el de verse ya en el agua, entre la corriente, sin luchar, cruzada de brazos, dejándose ahogar por el remolino.

Y sentía el frío del agua, hiriéndole el cuerpo como si la pincharan con un cristal afilado.

Cuando acordó, había llegado á la ermita de la Virgen de la Piedad, que se alzaba en un repecho del camino, dando la fachada al pueblo, como si lo vigilara continuamente. La fuerza de la costumbre empujó á Rafaela hasta la puerta, cuyos grandes clavos de flor se agarraban como arañas al maderamen.

Por un claro y guiñando los ojos miró hacia el altar.

Aquel silencio, aquella quietud aterraban. Una lamparilla, como dormitando en la sombra, abría de vez en cuando sus ojos de luz y miraba hacia el altar.

La Virgen, con el Hijo en los brazos, asomaba entre el manto costoso su divina cara melancólica. — Siem-

zándose sobre sus rodillas, como cuando la planta sin riego se levanta al chorro del agua fresca... Miró al campo, que dormía en la suave placidez de la noche, y un renacer de amor á la vida le confortó el cuerpo, como la medicina tónica á un nervioso.

Luego echó á andar hacia el pueblo, hacia su casa, rebotando el corazón de amores. Llevaba amores para todos; para los suyos, para los extraños, para los barbechos, para las casas. Iba con un andar presuroso, con la calentura de un deseo, como si condujera el indulto de un condenado á muerte.

Al entrar por la calle oyó lamentos, gritos, voces... Notó que en su casa entraba y salía gente y se figuró que toda aquella alarma era porque la habían echado de menos. Pero en el portal unas vecinas la sujetaron, convenciéndola de que no debía pasar adelante.

— Ya ves... La pobre Luisa...

III

El médico no se lo explicaba. *Hamlet* y doña Emilia tampoco dijeron más sino que estaban de tertulia, tan ajenos de la desgracia, y que, de pronto, vieron que Luisa dobló la cabeza sobre el pecho. Nadie sabía por qué ni por qué no. Pero lo cierto era que la infeliz estaba de cuerpo presente.

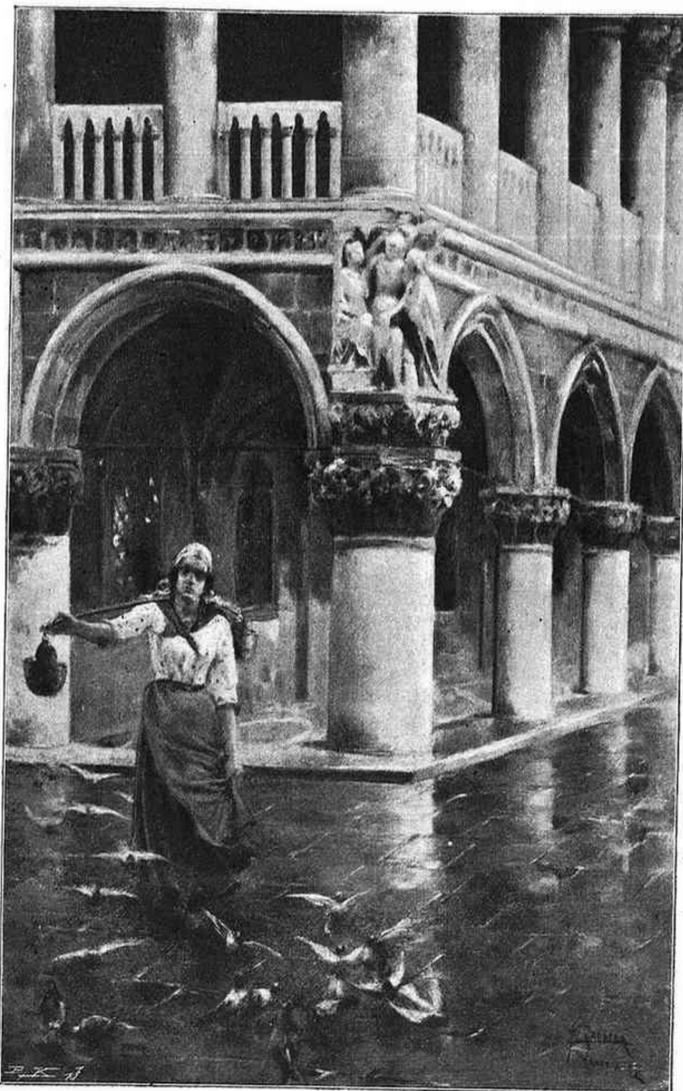
Sólo á Rafaela se le ocurrió un pensamiento horrible que le dolió, si cabe, más que ver á su hermana muerta. Y con aquella espina en el corazón, pero valerosa y fuerte, dispuso la mortaja.

Llevaron la muerta al despacho, y entre Rafaela y su marido vistieron el cadáver con hábito negro de los Dolores. A solas con la muerta, cara á cara marido y mujer, Rafaela habló con la majestad del que acusa. En el silencio imponente del despacho, á la luz temblona de dos velas amarillas, las palabras frías, secas y penetrantes, tenían un eco medroso de panteón; y el gotear de una lluvia penosa, mezclándose al furioso bramido de la ventisca, metía miedo.

Al fin *Hamlet* hizo una confesión lúgubre.

Habían quedado por la tarde en que aquella misma noche hablarían. Cuando salió Rafaela, Luisa y él se quedaron solos, frente á frente.

El no lo pudo remediar; la cogió una mano y se la besó. Entonces ella se levantó rápidamente y dijo:



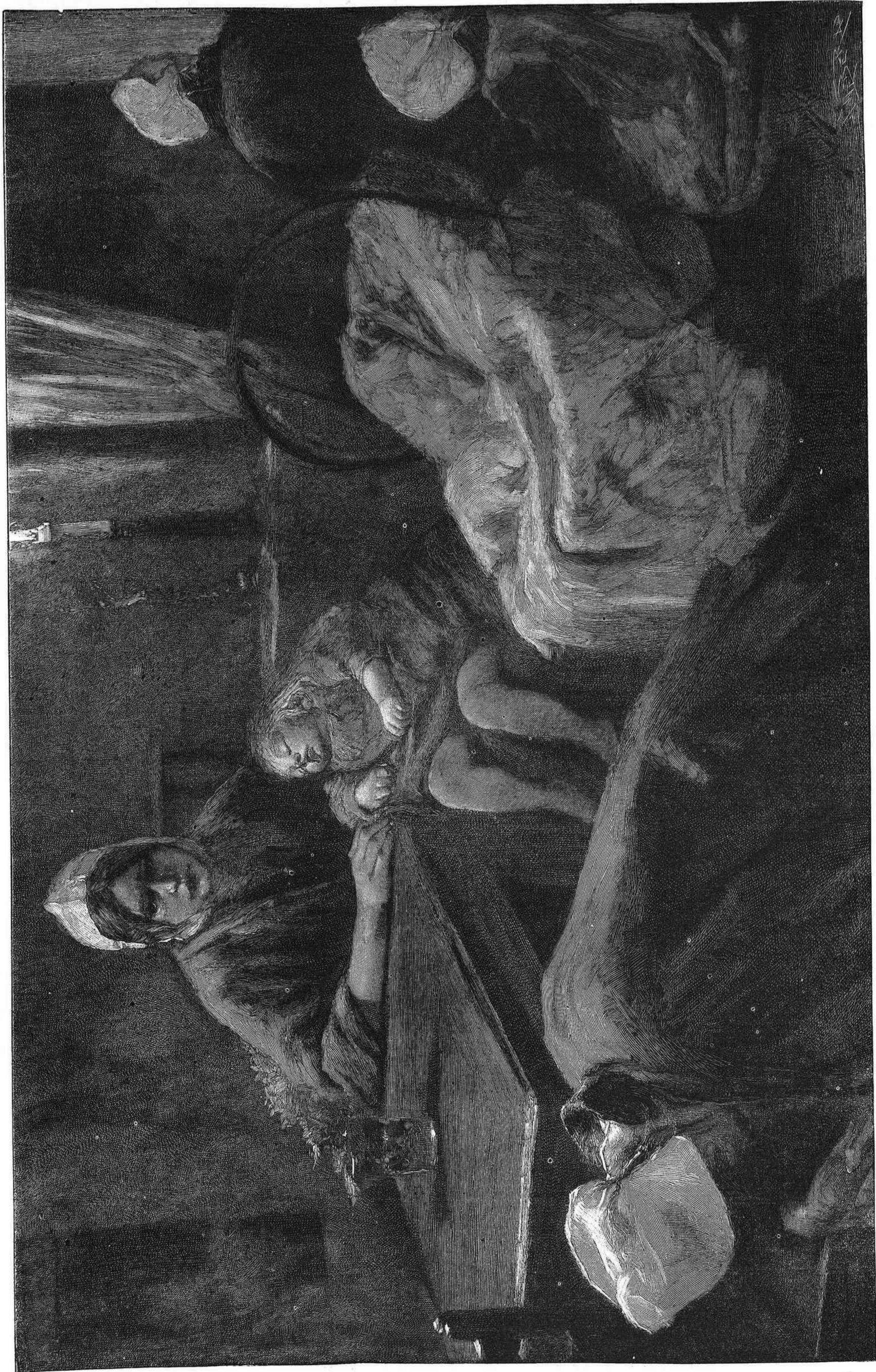
Recuerdo de Venecia, cuadro de Fernando Cabrera

pre estaba allí; de día, de noche, en verano, en invierno; siempre aguardando, con la piedad en los ojos; y su dolor, el Hijo muerto en la cruz, siempre estaba con ella; y ella, dolorosa y mártir, siempre perdonaba. Porque antes que su dolor y por encima de su martirio, estaba su piedad...

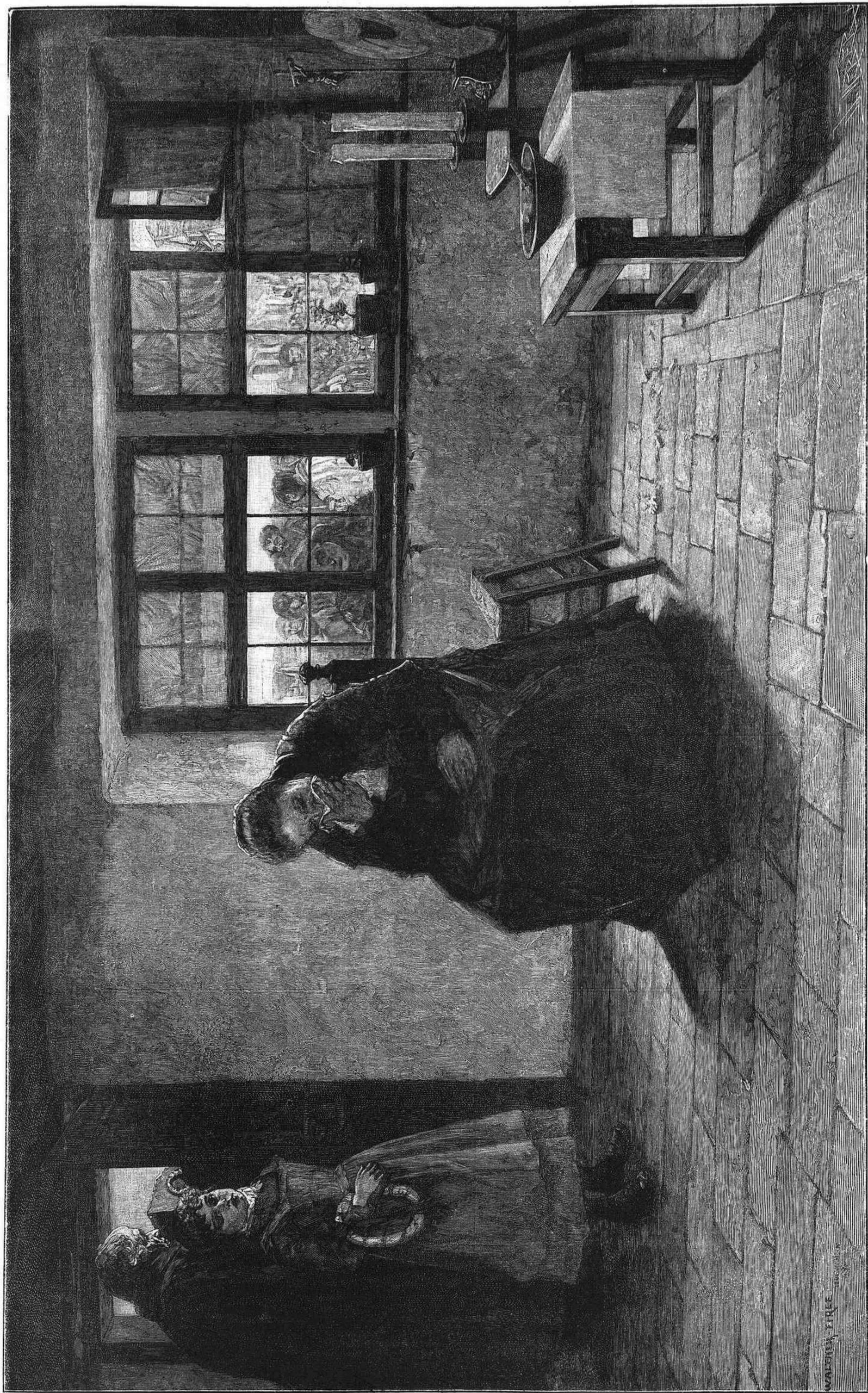
Rafaela rezó, abriendo el alma al calor divino, al-



La vendimia en Grinzing (Austria), cuadro de Alejandro D. Goltz



LA VIUDA, cuadro de Enrique Luyten (Exposición Internacional de Dresde, 1901)



¡SOLA!, cuadro de Walther Firle



- No. Esto es una infamia. ¿Y mi pobre Rafaela cuando se entere?.. No y no. El único camino es irme yo. Os estorbo...

Luego se quedó unos instantes pensativa. «¿Pero dónde voy, infeliz de mí?.. ¡Ahl!..» Y dió un grito.

¡Qué grito aquel tan vibrante, tan supremo! En esto llamaron al portón. Fui á abrir: era tu tía Emilia. Cuando entramos los dos, Luisa no estaba en el comedor. La llamamos y vino poco después. Pero ya serena, tranquila, natural... Estuvo haciendo la tertulia como siempre, hasta que la vimos doblar la cabeza...

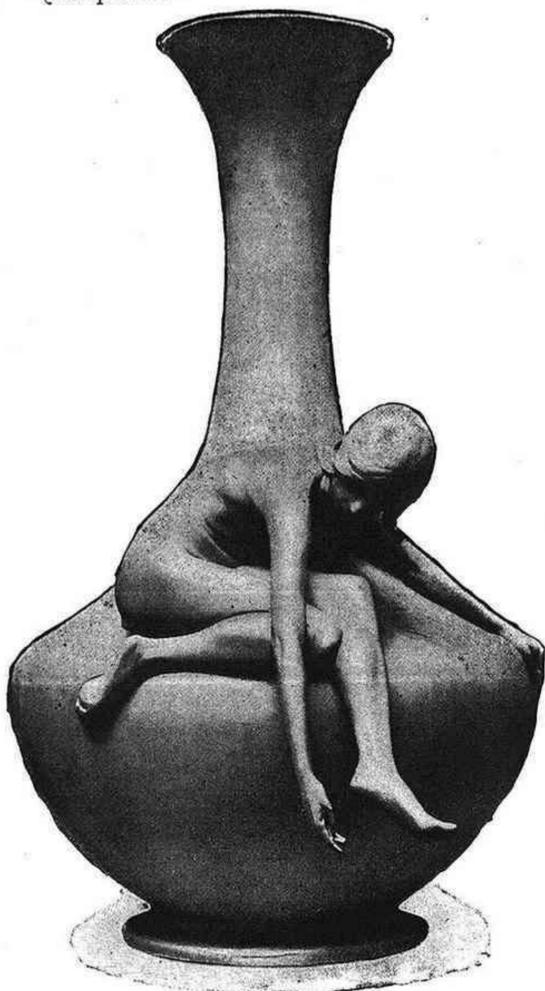
Entonces fui á su cuarto y... mira.

Hámlet mostró un papel, que leyó Rafaela para sí. Decía: «He sido muy mala siempre, Rafaela de mi alma; pero tú me perdonarás. Me mato. Es inútil que traten de averiguar cómo: no lo sabrá nadie, ni aunque me hagan la autopsia. Basta que lo sepa Dios. Soy un estorbo y os dejo. Perdóname y pídele al Señor que me perdone también. - Luisa.»

Rafaela miró á su marido con el adiós de un amor que se hunde. Luego comenzó á peinar la hermosa cabellera de la pobre Luisa. *Hámlet*, en un pronto de pasión, pidió á su mujer un rizo de la muerta para su guardapelo.

Entonces Rafaela, mientras lo cortaba, dijo de un modo indefinible:

- ¿La querías?..



JARRÓN FABRICADO EN LA REAL MANUFACTURA DE PORCELANAS DE CHARLOTTENBURGO, obra de Francisco Metzner

- No lo sé, no lo sé... respondió *Hámlet*.
- Nos separaremos.
- Nos separaremos.

Callaron. A Rafaela se le empañaron los ojos. Un rayo del sol amaneciente espolvoreó de luz risueña la mortaja; y á la parte afuera la guitarra de un novio trasnochador sonó blandamente, con arpegios de serenata divina... Pasaba Amor.

CRISTÓBAL DE CASTRO.

NUESTROS GRABADOS

Jarrón fabricado en la Real Manufactura de porcelanas de Charlottenburgo, obra de Francisco Metzner.—Este artista austriaco se ha conquistado desde hace algunos años especial renombre con sus modelos para la técnica cerámica, ejecutados con gran vigor plástico y de una elegancia de formas verdaderamente admirable. En sus obras se advierte al escultor genial, dotado de gran fantasía que, sin embargo, sabe contenerse dentro de límites justos sin incurrir jamás en el pecado de exceso á que tan propensos son muchos de los que á este género escultórico se dedican. Sus jarrones, sus objetos decorativos para servicio de mesa, todas sus producciones, en suma, se distinguen por su simplicidad, por la perfección con que están modeladas sus figuras y por la ausencia de esos accesorios que las más de las veces sólo sirven para disimular la falta de ideas y la poca solidez de la ejecución de lo principal. Gracias á ello, sus composiciones resultan claras y permiten apreciar toda la pureza de sus líneas, según

puede verse en el precioso jarrón que adjunto reproducimos, y que, como la mayoría de los modelos de Metzner, ha sido elaborado en la Real Manufactura de porcelanas de Charlottenburgo.

Hansel y Gretel. Retrato en relieve, obras de J. Tautenhayn.—Una de las ramas escultóricas que mayores dificultades ofrece es indudablemente el relieve, porque en éste el artista para lograr el efecto apetecido dispone de menos elementos que en la escultura propiamente dicha. Por esto, cuando un escultor consigue comunicarnos la impresión de la realidad, como lo ha conseguido Tautenhayn en las dos obras que en esta página publicamos, no es aventurado afirmar que se trata de un verdadero conocedor de todos los recursos que en esta clase de trabajos artísticos se necesitan.

La buenaventura, cuadro de Gonzalo Bilbao.—A la galantería de nuestro estimado amigo el excelente pintor sevillano Gonzalo Bilbao, debemos la ocasión de poder reproducir en estas páginas uno de los cuadros que exhibió en la última Exposición Nacional, que tan justamente llamó la atención del público y de los inteligentes. El tema ó asunto escogido por el artista es de carácter determinadamente local, así como los tipos, resultando todos ellos trasunto fidelísimo del natural y testimonio evidente de la maestría y buen gusto del autor, quien ha logrado, por medio de sucesivos triunfos, alcanzar merecido renombre en el mundo del arte. Tal vez en el ejercicio de la profesión literaria que primero emprendió hubiérase asimismo distinguido; mas entendemos que deben felicitarse todos cuantos se interesan en favor del arte patrio por que trocara el estudio de las leyes por el manejo de los pinceles, ya que, según indicamos, ha conseguido éxitos y figurar entre aquellos pintores meritísimos que honran el arte moderno. Desde *Dafnis y Cloe* hasta *La vuelta al hato*, que marcan dos jalones de su vida artística, difícil sería enumerar las obras notables que ha producido, sirviendo cada una de ellas para aumentar el caudal de sus méritos y la suma de la consideración que le dedican cuantos como nosotros estimamos como un deber rendir un tributo al ingenio y á la laboriosidad.

Ménade danzante, escultura de E. Seger.—En la antigüedad las ménades eran las jóvenes que celebraban las fiestas de Baco entregándose á todos los excesos, que á veces llegaban hasta el furor, corriendo desgreñadas y medio desnudas, agitando el tirso en sus manos, lanzando rugidos que resonaban por los montes y las selvas, y llegando en sus furiosos arrebatos hasta asesinar á todos cuantos á su paso encontraban y cuyas cabezas llevaban como trofeos. Pretende la fábula que eran vírgenes y que estaban tan celosas de su virginidad, que cuando se dormían enroscaban en su cintura una serpiente; pero no faltan poetas antiguos que niegan esa pretendida castidad, que realmente se armoniza muy poco con sus costumbres disolutas. No es esta propiamente la figura que en su bellísima estatua nos presenta Seger: el celebrado escultor alemán ha suavizado, con muy buen acuerdo, el carácter de aquella sacerdotisa de Baco, presentándola, no presa de sus furiosos accesos, sino entregada á una danza voluptuosa; no con el rostro contraído por muecas epilépticas y ojos por el furor encendidos, sino animado el semblante por incitante sonrisa y por mirada embriagadora. La ménade de Ernesto Seger es, por decirlo así, la modernización del personaje pagano, que en formas más atenuadas se ha perpetuado hasta nuestros días. En cuanto á la parte plástica de esta obra, merecen elogios la hermosa factura de aquel cuerpo, cuyos contornos apenas vela el ropaje que en parte lo envuelve, y sobre todo la elegancia de líneas, así en el conjunto como en los detalles, que demuestran de un modo elocuente en su autor un exquisito gusto y un completo dominio de la técnica.

Recuerdo de Venecia, cuadro de Fernando Cabrera.—Nuestros lectores han tenido ocasión de apreciar, por las reproducciones de varias obras de Fernando Cabrera, la diversidad de géneros que ha cultivado, manifestándose siempre digno del buen nombre alcanzado en las artísticas lides, gracias á su esfuerzo y recomendables aptitudes. No en balde recibió las provechosas enseñanzas del que fué pintor meritísimo y amigo querido Casto Plasencia, y no en balde aquél lo distinguió con su afecto, considerándolo como discípulo predilecto. Así pues, y aunque el cuadro cuya copia figura en estas páginas no responda á igual concepto y propósito que el celebrado *Los huérfanos*, ya que es otra ciertamente su finalidad, merece elogios por las circunstancias que en la obra concurren, características y distintivas de Cabrera, que aun tratándose de un apunte, de un recuerdo, aporta el caudal de sus aptitudes é inteligencia.

La vendimia en Grinzing (Austria), cuadro de Alejandro D. Goltz.—El pintor vienés Alejandro D. Goltz es de los pintores que mejor saben armonizar la figura con el paisaje; aquélla constituye siempre la base de sus composiciones, pero nunca aparece separada de éste; el hombre y la naturaleza se completan, tanto más, cuanto que el primero no se nos presenta como elemento, por decirlo así, decorativo, sino en el ejercicio de su actividad, y la segunda no es la simple exposición de un paisaje, sino la representación del medio adecuado en que tal actividad se ejerce. Gracias á esta compenetración, las obras de este pintor dicen algo al que las contempla, puesto que desarrollan ante sus ojos escenas vividas de la existencia de los campesinos, según es de ver en el lienzo *La vendimia en Grinzing*, en el cual, además de estas cualidades, hace gala el pintor de no comunes aptitudes técnicas.

La viuda, cuadro de Enrique Luyten.—En todas las exposiciones internacionales de bellas artes celebradas en estos últimos años en Alemania, ha figurado siempre en la sección belga Enrique Luyten, cuyas obras han llamado la atención por la profundidad con que están concebidas y la seriedad con que están ejecutadas. Nacido en 21 de mayo de 1859 en Roermond, ha hecho sus estudios artísticos en Bélgica y en Francia, y reside desde hace muchos años en Amberes. Todos sus cuadros revelan una personalidad propia, un talento sólido que, sin preocuparse de los gustos del vulgo, sigue su camino, confiado en sus propias fuerzas y en la bondad de sus teorías en materia de arte; y en casi todos ellos se reproducen escenas de la vida de los trabajadores y de los proletarios, apa-

reciendo en ellos con gran relieve la cuestión social, que en su patria, lo mismo que en todos los demás países, constituye el problema quizás más importante de nuestros días. El lienzo suyo que en este número publicamos nos introduce en un hogar obrero en donde la muerte ha consumado su obra, dejando en



HANSEL Y GRETTEL, relieve de J. Tautenhayn

el mayor desamparo á una pobre familia. No se necesita leer el título para comprender el asunto de esta pintura, ni describir la escena para hacerse cargo de lo que el pintor se propuso al trasladarla á la tela; basta mirar á esa infeliz mujer en cuya falda duerme el pequeñuelo con la tranquilidad de la inocencia; basta fijarse en esas otras figuras que apenas se descubren en la penumbra que envuelve el cuadro; basta contemplar esa mísera estancia, para identificarse con el pensamiento del autor, para sentir hondamente lo que éste se propuso, y en una palabra, para convencerse de que quien de tal modo supo herir las fibras de nuestro corazón, es un maestro que piensa y siente hondo y que conoce todos los recursos para comunicar á los demás, por medio de la línea y del color, sus impresiones.



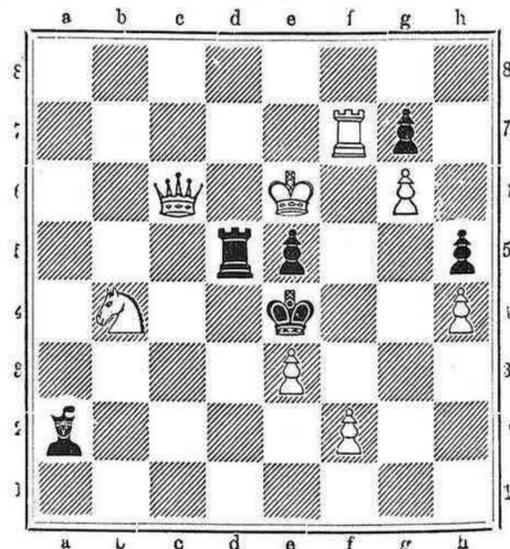
RETRATO EN RELIEVE, obra de J. Tautenhayn

¡Sola!, cuadro de Walther Firlé.—El autor de este cuadro es uno de los más reputados en Alemania, no sólo por la brillante representación que tiene en todas las grandes exposiciones de bellas artes, sino que también por figurar muchas de sus obras en museos de tanta importancia como la Galería Nacional de Berlín y otras no menos célebres de Munich, Leipzig y Bremen. La verdad y la delicadeza de sus figuras; el dominio de los recursos pictóricos, que le permite resolver los más difíciles problemas, sobre todo en cuanto se refieren á la luz de los interiores, y el sentimiento intenso que en sus obras imprime, justifican suficientemente la fama de que goza en su patria y fuera de ella. Todas estas cualidades están de manifiesto en el lienzo suyo que reproducimos y que es de un efecto dramático extraordinario conseguido por los medios más sencillos y dentro de la mayor sobriedad. Walther Firlé es también un maestro en la pintura religiosa, y los cuadros de este género por él pintados se nos presentan envueltos en un ambiente de poesía encantadora.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 264, POR D. PAP.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 263, POR H. V. GOTTSCHALL

- Blancas. 1. Dh 2-b8
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. P pide C ó D mate.



Mad. Benoist apareció en el umbral de la estancia, seguida muy de cerca de su hijo

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONCLUSIÓN)

El joven se inclinó hacia ella, besando por primera vez su frente pura. Luego salió, sentándose en un peldaño de la escalera.

Estrella leyó, cegada bien pronto por las lágrimas que enjugaba maquinalmente. ¡Oh, pobre Raimundo, cuánto había debido sufrir en aquellos breves minutos que fueron los últimos de su vida! ¡Ahora se explicaba por qué su retrato fué hecho pedazos y arrojado al fuego! ¡Qué amargura! ¡Qué desinterés! ¡Cuán bien comprendía allá en lo más recóndito de su alma por qué no le amó como hubiera deseado! ¡Y cuán sinceramente le bendijo por haberle dado con su muerte silenciosa una última prueba de cariño y de respeto!

El tiempo pasaba en tanto. Benoist, al no oír, sintióse inquieto, y abrió poco á poco la puerta para mirarla. La joven levantó la cabeza é hizo un movimiento. Teodoro corrió hacia ella, rodeándole el talle con sus brazos, para que pudiese llorar á sus anchas sobre aquel corazón que le pertenecía por completo.

Después de un instante de abandono, la joven secó sus lágrimas y se sentó en un diván, colocándose Teodoro á su lado para poder hablarla en voz baja.

— He aquí aclarado el misterio, dijo Estrella, y casi siento haberlo conocido... No obstante, es un gran consuelo que tenga que compadecer... (la joven vaciló, continuando luego ruborizada) á Raimundo, en lugar de censurarle. Pero en cuanto á mi situación, es todavía más dolorosa que antes. Ya no soy nada... Era la señorita Brunaire... y M. Brunaire no es mi padre...; he sido Mad. de Beaurand... y M. de Beaurand no podía ser mi esposo... No tengo derecho á ningún apellido, no soy ya nadie...

— Sea como fuere, es usted una Beaurand, dijo Benoist con una sonrisa que confortó el corazón de Estrella, y muy pronto será usted mi esposa.

— Amigo mío, dijo de pronto la joven, no puede usted figurarse cuánto siento el peso de esos apellidos que no me pertenecen y de esas fortunas á que no tengo derecho...

— Sea usted razonable, Estrella, contestó Benoist, y no se exagere las cosas...

— ¡Ah! No puede usted figurarse qué es de todo lo que me causa más horror..., la fortuna del hombre que asesinó á M. de Beaurand... ¡Supongo que no me dirá usted cuando menos que tengo derecho á ella!.. No conservaré en mi poder ni la una ni la otra. Quisiera que estuviese ya terminado este asunto.

— ¡Paciencia!, respondió Benoist. Tendrá usted muchas cosas que hacer, pero se necesita tiempo para ello.

En aquel instante llamaron á la puerta. Benoist fué á abrir, mientras la joven enjugaba sus ojos humedecidos por las lágrimas. La sirvienta de la fonda acompañaba á una buena mujer, en la que Teodoro reconoció en seguida á la vecina de Rosalía.

Después de haberse marchado Benoist de casa de la ex camarera de Mad. Brunaire, ésta sufrió un desvanecimiento; su cerebro, debilitado por una prolongada tensión de espíritu, se conmovió violentamente por la escena que acababa de tener efecto, resultando de todo ello que cuando quiso levantarse cayó redonda y sin conocimiento por el suelo.

La vecina, curiosa como todas, al ver salir á Benoist de la casa, esperó durante un rato para observar si Rosalía se marchaba también ó si al menos abría la puerta para tener más luz en el interior, según costumbre normanda y bretona; pero su curiosidad no obtuvo satisfacción. Una hora había transcurrido cuando no pudiendo ya contenerse, se decidió á llamar en la casa de su vecina, sin que nadie contestase, en vista de lo cual y dispuesta á alegar en todo caso como móvil de su conducta la inquietud que sentía por no haberla visto reaparecer, penetró en el interior de las habitaciones, encontrando á aquélla en el suelo, no lejos del sillón que antes había ocupado.

Llevarla al lecho no era cosa difícil, pues el cuerpo demacrado de Rosalía pesaba poco más que el de un niño; hízolo, pues; la medio desnudó; la frotó las manos, y convencida al fin de que sus esfuerzos eran inútiles para hacerla recobrar el conocimiento,

dirigióse á la farmacia, pero contando el incidente á cuántas personas halló al paso.

Cuando Rosalía abrió nuevamente los ojos, rodeábanle media docena de vecinas, cada una de las cuales estaba aconsejando el empleo de su remedio favorito. A pesar de la debilidad que sentía, pudo conseguir que se fuesen, salvo la primera que la había auxiliado, quien puso en orden la habitación. Al cabo de un momento, dándose cuenta de lo que había sucedido, se sentó en la cama, abrigándose con las coberturas de la misma.

¡Cómo era posible que hubiese dado la carta á un desconocido! ¿Quién era aquel hombre que la había hablado de Raimundo y de Estrella? ¡Se había dejado dominar por el terror, é imprudentemente se le había escapado el secreto que con tanto cuidado guardara!

— Escuche usted, dijo á la vecina que se hallaba en la casa; es preciso buscar al caballero que estaba aquí hace poco. Le ha visto usted, y por tanto le reconocerá fácilmente. Dígame que venga á verme en seguida.

— Con mucho gusto, respondió la buena mujer; pero ¿dónde vive?

— Búsquele usted, dijo Rosalía con impaciencia. Mont Saint-Michel no es muy grande; en poco rato está recorrido todo el pueblo.

Altamente satisfecha por poder intervenir algo en un asunto que tenía apariencias de ser muy interesante, la vecina empezó á recorrer las fondas, comenzando por la que encontró más próxima, perdiendo bastante tiempo en esta tarea por su afición á hablar en vano. Por fin y merced á las señas que dió, la criada de la hospedería donde Benoist se hallaba la condujo á la habitación de éste.

Después de haber oído el recado que en forma bastante difusa dió la aldeana, Benoist dijo volviéndose hacia Estrella:

— Vamos; si queda algo aún que quiera usted saber, Rosalía se lo dirá indudablemente.

Los tres se dirigieron á la casita de la ex camarera. Por primera vez en su vida, Benoist hizo pasar

por debajo del suyo el brazo de Estrella para sostenerla al pisar los resbaladizos pedruscos de la calle, lo que le produjo cierto placer á la joven que se sentía de tal modo protegida, apoyando suavemente en aquel brazo su dolorido cuerpo. Su corazón y sus ojos estaban llenos de lágrimas, incesantemente renovadas por el recuerdo de sus penas; pero allá en el fondo de su alma parecía que el porvenir la consolaría del pasado. Sintiendo, pues, sostenida y animosa, atravesó los umbrales de la casa donde habitaba la que había causado la muerte de dos de sus seres queridos.

XXXIV

— Aquí están el señor y la señora, dijo la vecina al penetrar en la casita.

Rosalía abrió los ojos, quedándose como petrificada al ver á Estrella.

La ex camarera, durante la ausencia de la vecina, se había empeñado en levantarse, cubriendo con el manto de luto que usaba habitualmente las ropas que de cualquier modo se había puesto. Bajo los rígidos pliegues del repetido manto, que llegaban hasta el suelo, y sentada en una silla de paja, aquella mujer presentaba todo el aspecto de una sombría estatua del dolor. Sus ojos miraron á la joven con aterradora fijeza.

— Rosalía..., dijo Estrella, conmovida al ver en semejante estado á la mujer que bien ó mal la cuidara en su infancia.

— ¡Mírela usted, caballero!, dijo la enferma á Benoist extendiendo al mismo tiempo los brazos hacia la joven. ¡Mírela usted! ¡Es el vivo retrato de su padre!

Teodoro, con buenos modos, echó de la habitación á la vecina, que se iba entreteniendo en la habitación con el propósito de curiosear, y cerró en seguida la puerta.

— ¿Qué es lo que me quiere usted?, preguntó el joven acercándose otra vez á la ex camarera.

— No le conozco, caballero, dijo Rosalía. Le he entregado la carta y he hecho mal; es preciso, pues, que me la devuelva.

Sin decir una palabra, Estrella sacó del devocionario que llevaba siempre consigo el borrador, que dentro del sobre había puesto junto á la estampa de Rosalía, y lo entregó á su antigua niñera, quien apoderándose de él con viveza, lo desplegó, rasgándolo luego en mil pedazos.

— Ahora, dijo, ya no queda nada, absolutamente nada, del secreto de vuestra familia. Prefiero que así sea. Había guardado el borrador de la carta no sé por qué; cuando me sentía demasiado inquieta, volvía á leerlo para convencerme de que hice bien. ¿Es la estampa que le dí, la que tiene usted en ese libro? ¿La había usted conservado? ¿No me olvidó usted, pues? Dígame, ¿quién es ese caballero que está con usted?

— Era el amigo íntimo de Raimundo, contestó Benoist con gravedad. Soy el prometido de Estrella.

Rosalía miró alternativamente á los dos jóvenes.

— Si es así, no puede haber secretos entre ustedes... ¡Está bien!, repuso suspirando con cierto desahogo.

— Rosalía, preguntó Estrella, ¿por qué escribió usted tan tarde? ¿Con que lo hubiese usted hecho un solo día antes, se hubieran evitado tantas desgracias!

— ¡No es culpa mía!, exclamó vivamente la infeliz, volviendo á empezar con seres reales esta vez el combate que consigo misma estaba sosteniendo desde hacía trece meses. ¡No es culpa mía! Estaba en Vitre, en casa de mi tía, cuando vino á mis manos un número del *Petit Journal*, en el que se anunciaba el casamiento de usted. No me fijé siquiera en la fecha... Además, ¡de todos modos hubiera escrito! Aquella boda no podía tener efecto: ¡era un pecado abominable! Escribí inmediatamente, y como mi primo iba á Laval, le entregué la carta para que la echase en el correo. No quería que M. de Beaurand supiera dónde estaba y viniese á atormentarme con preguntas; deseaba cumplir mi deber y quedar tranquila. ¡Tranquila! ¡Ah, Dios mío! ¡No he podido estarlo un día, un solo minuto! ¡Ignoraba que estaría ya casado cuando recibiese la carta! ¡Deseaba impedir la boda! ¿Acaso podía suponer que el desgraciado iba á castigarse á sí mismo?

— ¿Cómo averiguó usted su dirección?, preguntó Benoist.

Rosalía le dirigió una mirada de reproche.

— ¡Había encaminado muchas cartas para su padre, el general de Beaurand! ¡Ah, caballero, tuve parte en el pecado en otro tiempo! Pero era joven inexperta y obraba por cariño á mi señora. ¡Creea haber expiado bien mis faltas!.. Luego, cuando tres

días después leí el periódico... Ya comprenderán ustedes que lo compraba todas las mañanas, después de haber escrito mi carta, para enterarme de lo que hubiese resultado... ¡Cuando supe que el pobre señor se había dado muerte, creí que iba á volverme loco!

La infeliz hizo con los brazos un movimiento de desesperación; luego los bajó, cayendo también con ellos, como las alas de un murciélago, los pliegues de su manto.

— Inmediatamente vestí luto por él, y no he podido dormir desde aquel instante una sola noche. Mi tortura empezaba al ponerse el sol. «Es culpa tuya», me decía á mí misma, y me contestaba luego: «¡Sin embargo, era preciso decírselo! ¡No podía dejar que se cometiese sacrilegio semejante!» Y así, objetándome y respondiéndome, acababa por sentir que ardía mi cabeza, y pensaba que de haber muerto de pronto, en aquella situación, me hallaría de seguro en pecado mortal, y entonces...

Su rostro se contrajo ante la horrible idea del infierno, que había sido la tortura de toda su vida.

— No estaba bien más que en las iglesias; sólo en ellas me veía segura. He hecho votos, he realizado peregrinaciones..., pero los templos se cierran de noche y á esas horas precisamente es cuando se renovaba mi tormento. Más adelante vi una tarde en Courcelles á Estrella vestida de luto... ¡Su presencia me produjo el efecto de un puñal que se hundiera en mi corazón! ¡Me parecía imposible que se hubiese casado con su hermano; no podía imaginarlo! Cuando la vi enlutada, comprendí que, sin embargo, era viuda y que no sabía... ¡Tal pensamiento me causó un mal que no puedo explicar! Diga usted, ¿su muerte le produjo mucha pena?, dijo la ex camarera mirando con severidad á la joven.

— Amaba á Raimundo como á un hermano, respondió Estrella, y le he llorado mucho.

— ¿Como á un hermano?, preguntó Rosalía inclinándose hacia ella con el semblante trastornado. ¿Como á un hermano nada más? ¿Se mató en seguida, al regresar de la iglesia? ¡El buen Dios ha tenido, en medio de todo, alguna piedad de mí!

Rosalía cerró los ojos para saborear una especie de satisfacción interior que se traslucía perfectamente en la expresión de su descarnado rostro. Estrella y Benoist se miraron. Evidentemente aquella mujer no era en rigor responsable de lo ocurrido. La excitación de su ánimo le hacía en aquellos momentos insensible, así á las censuras como á las reflexiones.

— Rosalía, dijo con dulzura la joven, ensayando una última prueba, me han acusado de un crimen, y la imprudencia de usted es la causa de todo.

— ¿La causa? La causa estriba en la falta del padre y de la madre... Usted ha expiado por ellos, y esto debe complacerla.

— No obstante, insistió Estrella, se me ha acusado de que dí muerte á Raimundo... ¡Eso es muy cruel, Rosalía!

— ¿De haberle matado?, dijo la ex camarera estremeciéndose. ¿Matar á su hermano? ¡Oh! ¡Es horrible! ¿Qué ha dicho usted?

— Nada. Lo he soportado todo, esperando que un día la verdad sería conocida... Ahora, nada diré tampoco; seguiré sufriendo.

Rosalía inclinó la cabeza sobre el pecho, como si meditase profundamente. De pronto se dejó caer de la silla que ocupaba, hincándose de rodillas á los pies de Estrella.

— ¡Perdóneme usted!, exclamó con voz entrecortada. ¡Perdóneme para que pueda dormir, para que descanse! Nadie más que usted puede ya otorgarme el perdón, sin el que perderé el juicio. Su prometido lo ha adivinado: quise engañar al buen Dios, ¡yo que nunca había mentido! No dije al confesor que M. de Beaurand se había quitado la vida; creí que esto ninguna relación tenía conmigo. Quise impedir un crimen y obré bien; el sacerdote me lo dijo. Cuando me preguntó si el casamiento se había realizado, le contesté que lo ignoraba: ¡era una mentira horrible!; pero no quería que nadie me dijese que había sido causa del suicidio de M. de Beaurand. ¡No! ¡Eso no podía soportarlo! Jamás he pronunciado su apellido. ¡El es, sin embargo, el que me ahoga! El difunto no puede hablar; sólo queda usted de la familia: dígame usted que me perdona la muerte de su hermano y la creará.

La infeliz se prosternó en el suelo, casi sepultada entre los mil pliegues de su manto.

Estrella sintió brotar de sus ojos lágrimas de misericordia. ¡A qué mostrar rigor con aquel pobre ser abatido! ¿No era quizá posible que la fatalidad que había pesado sobre las víctimas de aquel drama de familia, se apaciguase con una palabra de perdón?

— ¡Rosalía!, exclamó inclinándose hasta tocarla con la mano, ¡en nombre de los muertos, la perdono!

La infeliz quiso levantarse, pero no tuvo fuerzas bastantes para hacerlo. Estrella y Benoist la tomaron en brazos, sentándola en una silla. Rosalía apenas podía respirar.

— Gracias, dijo en voz baja, gracias... Ya podré descansar.

Luego cerró los ojos, quedándose meditando. Algunos instantes después pareció hallarse algo repuesta.

— Ahora, añadió, lo diré todo. Podré afirmar también que me ha perdonado usted y eso me ayudará en mi confesión. Quedo muy agradecida de usted.

La ex camarera se expresaba con sencillez y humildad, como lo hubiera hecho refiriéndose á cualquier asunto común en la vida.

— ¿Necesita usted algo?, le preguntó Estrella, sorprendida al ver aquella inconsciencia. ¿Tiene usted de qué vivir?

— Mi pobre señora me dejó una renta, respondió Rosalía; nada necesito más que dormir en paz por las noches. Estoy muy contenta por haber visto á usted. Va usted á casarse con este caballero... No tiene aspecto antipático; y no obstante, ¡me ha causado un miedo hace poco!.. ¡Oh! ¡Un miedo!..

La pobre mujer bajó los ojos, estremecida.

— El terror hizo que le diese la carta... Por lo demás, Estrella, me encuentro bien tranquila. No tengo otros pecados mortales sobre la conciencia. No he sido ladrona, orgullosa, irascible, nada; pero me han hecho decir falsedades...; por mí misma jamás hubiera faltado á la verdad; en tiempos de mi pobre señora, por servirla..., ¡sólo un temor tenía, el de mentir, y lo he hecho al buen Dios! Cuando este caballero me dijo que era una embustera, perdí la razón..., me encolericé... En fin, todo ha terminado. El buen Dios me perdonará, ¿no es cierto?

— Sí, contestó Estrella, conmovida profundamente ante la cándida rectitud y la fe y confianza de aquella pobre criatura. La perdonará, porque ha creído siempre hacer bien, hasta cuando yo era pequeña... Adios, Rosalía, quede usted en paz.

Ambos jóvenes salieron de la casita. Al sentir en el rostro el aire puro de la calle, experimentaron una impresión singular, como si por largo tiempo hubiesen permanecido encerrados en una cueva húmeda y sombría. Instintivamente Benoist condujo á su compañera hacia las desiertas murallas, donde se sentaron uno junto á otro, en el mismo banco de piedra en que el joven había leído la carta.

— ¿Qué piensa usted hacer ahora?, preguntó éste. Estrella miró á lo lejos, en dirección á Oriente.

— Volver á París, contestó, y visitar la tumba de Raimundo. Aseguro á usted, amigo mío, que me parece que jamás tendré lágrimas bastantes para llorar al infortunado. Siento desgarrado el corazón cuando pienso en sus últimos instantes.

— Vivió dichoso, murmuró muy melancólicamente Benoist.

La joven guardó silencio; pero su compañero pudo ver, á pesar del velo que cubría su rostro, que lloraba.

— Llore usted, querida, le dijo afectuosamente; esas son honestas y puras lágrimas que la honran.

Estrella comprendió por estas frases que su prometido había dejado de estar celoso.

— Y usted, prosiguió la joven dominando su dolor, ¿qué va á hacer?

— Acompañar á usted hasta París, y en seguida ir á ver á mi madre.

La joven le dirigió una mirada interrogadora, contentándose con otra, en la que se contenía una muda respuesta.

— ¿Y usted?, preguntó á su vez Teodoro.

— ¿Yo? No lo sé. Saumeray me aterra: hallaría allí muchos recuerdos de mi infancia, y ésta es sobre todo la que quiero olvidar. ¡El hotel Beaurand me causa horror! No tengo ningún refugio..., y sin embargo, son necesarios algunos días para que pueda organizarme un modo de vivir. Una cosa le pediré aún, amigo mío: con toda la fortuna de los Beaurand deseo crear una fundación útil, un hospicio ó un asilo..., mejor un asilo para los que no tienen padre ni amigos... Lo dedicaré á la memoria de Raimundo... y de su padre. Hace ya tiempo que abrigaba esta idea; ahora estoy resuelta á realizarla. Me quedará la herencia de mi madre..., la única á que tengo derecho...

— Así se hará, respondió Benoist. Suplico á usted tan sólo que espere algún tiempo, para que vea á mi madre y la hable...

Estrella bajó la cabeza.

— Es muy justo, dijo. Su madre de usted no me querrá por hija suya, si sabe la verdad, y no obstante...

— Mi madre es recta y bondadosa, replicó Benoist. Tengo gran esperanza en su justicia. Pero,

consienta en ello ó no, ya se lo he dicho á usted, Estrella, será usted mi esposa.

Una hora después se alejaban ambos de Mont-Saint-Michel.

XXXV

Cuando al día siguiente muy temprano llegaron á París, Benoist empezó por cerciorarse de que Estrella había llegado á su casa con toda seguridad; luego, hacia las diez de la mañana, se presentó en el despacho de Andrés Bolvín.

El joven substituto oyó sin decir una palabra el secreto que se confiaba á su honor. Terminado el relato, miró á su visitante.

— No me equivoqué, pues, cuando os dije que el misterio procedía de parte de Mad. de Beaurand, respondió. A pesar de todo, la aventura es tan rara como curiosa. Desgraciadamente, no veo ningún medio para que Mad. de Beaurand pueda conseguir que la opinión le haga justicia...

— No piensa siquiera en ello, replicó Benoist; está muy por encima de la opinión pública. Había prometido á usted comunicarle la verdad, si llegaba algún día á saberla; por eso he venido. Además tenía empeño en revelar, al que de ella había sospechado, las pruebas de su más resplandeciente inocencia.

— Me odia usted, dijo Bolvín con cierto pesar, y temo mucho que Mad. de Beaurand no me perdona nunca. Sin embargo...

— Mad. de Beaurand perdona siempre, contestó Benoist levantándose.

Después de algunos instantes de silencio, Bolvín dirigió una mirada franca á su visitante, diciendo:

— Sírvase usted manifestarle que la presento mis humildes excusas, y que si se digna autorizarme para que personalmente se las ofrezca, me consideraré mucho más dichoso de lo que merezco.

— Así se lo diré, contestó el joven.

Dicho esto, se despidieron. Bolvín, al regresar á su despacho, aun cuando se sentía mortificado por haber dado muestras de tanta ligereza en un asunto tan grave, no pudo menos de sentir satisfecho su amor propio profesional, por haber estado en lo cierto cuando supuso que la verdadera causa del suicidio estribaba en Estrella.

Benoist, al salir de la casa del magistrado, se dirigió inmediatamente á la estación del ferrocarril, llegando al mediodía á la finca de los Pressoirs. Su madre, á quien por telégrafo había prevenido de su viaje, le esperaba con secreta impaciencia, perfectamente oculta bajo su habitual aspecto de atareada tranquilidad. Cuando pudieron quedarse solos en el gran comedor, al que en aquella estación del año daban sombra altos cítipos cuyos racimos de oro golpeaban los cristales de la ventana al menor soplo del viento, Teodoro acercó su silla á la de madame Benoist, refiriéndola lentamente y con sus menores detalles la dolorosa historia de aquella familia en cuyo seno tan trágicos sucesos se desarrollaran.

La anciana le escuchó sin interrumpirle y con los labios fuertemente apretados uno contra otro; la calceta que estaba haciendo se había escapado de sus diligentes manos; pero ningún movimiento revelaba que sintiese la menor emoción. Cuando su hijo hubo terminado, la viticultora levantó hacia él sus bondadosos y vivos ojos, que empañaban las lágrimas.

— ¿Dices que ha perdonado á esa desgraciada mujer?, preguntó con dulzura.

— Por completo y con una bondad... ¡Madre se lo aseguro, no puede usted figurarse cuán buena es! ¡Es buena... como usted!

Sin dejarse conmovir por estas palabras de cariño, la anciana continuó haciendo calceta.

— Quiere fundar un asilo con los bienes de los Beaurand, dijo luego. Lo hallo muy bien; tiene mucha razón. Pero del dinero de su padre..., del marido de su madre, quiero decir, ¿qué se propone hacer?

— No lo sé: me ha dicho que esa fortuna le era odiosa.

— Es preciso que la devuelva á la familia de ese señor. No dejará de haber parientes próximos ó lejanos. Ese dinero no la pertenece.

— Para que veas, mamá; esa misma idea ha expresado ella con respecto á esta cuestión.

Mad. Benoist hizo algunas mallas y se detuvo.

— Hijo mío, dijo, comprendo muy bien todo lo que me has dicho. Esa señora obra perfectamente y la aprecio mucho. Pero, en fin, su madre había faltado á sus deberes... Nada me hubiera importado, te lo aseguro, admitirla por nuera, si no hubiese algo que decir acerca de su familia. En cualquier cosa que se dijese del general de Beaurand, ni aun me hubiera fijado; pero tratándose de los antecesores de ella, es otra cosa; no se me había ocurrido esto, hijo mío.

— Madre, objetó el joven con extrema dulzura, es inocente.

— No digo lo contrario; á pesar de todo, me preocupa eso mucho, muchísimo, hijo.

— Mamá, insistió Teodoro con un tono cariñoso que quitaba á sus palabras toda apariencia de reproche, tú eres quien me ha enseñado mi deber para con ella, cuando era injusto y estaba lleno de prevenciones.

— Cállate, contestó con dulzura Mad. Benoist; ya lo sé.

La brisa hacía chocar contra las ventanas los racimos de los cítipos, que parecía que pidiesen permiso para entrar: un pajarillo dió con un ala en un cristal un golpe seco, posándose luego en una rama, donde empezó á cantar á más y mejor.

— Madre, prosiguió Benoist, está sola, sola en el mundo, con sus muertos, en una casa llena de penosos recuerdos..., y á pesar de toda la fortuna que la queda, no tiene dónde refugiarse.

La anciana con un movimiento de cabeza indicó que le comprendía.

— No tiene más que á mí en la tierra, mamá, nada más que á mí que la quiera y la consuele. Yo había pensado que nos tendría á los dos..., creí que sería usted para ella la madre que no ha tenido... ¡La amaría á usted tantol... ¡Siente hacia usted tanto respeto y cariño!.. Si usted no quiere consentir en que sea su hija, creo que morirá de vergüenza y de pesar; pero no tendrá para usted una palabra de censura. ¡Tan buena es!

— ¿Me censurarías tú?, le preguntó Mad. Benoist, dirigiéndole una mirada penetrante.

— Lo sentiría, madre, más de lo que es posible explicarlo, pues la amo como mi padre amaba á usted; pero no podría censurarla, porque lo que usted hiciera, á mantener el honor de la familia iría encaminado.

— Esa mancha, ¿no te importa, pues, á ti nada?, preguntó la anciana con tono severo.

— Nada, porque Estrella no se parece por ningún concepto á su madre. Desde la cabeza á los pies, alma inclusive, es una Beaurand, y éstos fueron la personificación del honor.

Mad. Benoist se quedó pensativa, guardando silencio.

El pajarillo había cesado de cantar, y acercándose á los cristales de la ventana, empezó á golpear obstinadamente en ellos con las alas y con el pico, retrocediendo al fin asustado ante aquel obstáculo.

Mad. Benoist se levantó abriendo de par en par la ventana para ver si volvía; pero como la avecilla se hubiese alejado, extendió su vista al exterior.

Por entre el arco que los cítipos formaban veíase el valle, sobre el que se cernía la niebla y que el sol iluminaba espléndidamente en aquellos momentos. De las tierras caldeadas por los rayos solares, de los rosales llenos de flores y de las hierbas ya crecidas y dispuestas para convertirse en forraje, se elevaba un hálito de savia y de vida que vigorizaba el viejo corazón de aquella honrada mujer, haciéndole recordar los años juveniles, el amor que por su esposo sintiera, las satisfacciones que su hijo, leal hasta el sacrificio, le había dado...

Sin hacer ruido, salió la anciana del comedor, mientras Teodoro, con los codos apoyados sobre la mesa y la frente entre las manos, pensaba con ternura y compasión en la pobre Estrella, sola en su hotel, en todas partes y para siempre, en tanto que su madre no consintiera en aceptarla como hija.

Transcurrido breve rato, se abrió nuevamente la puerta, penetrando en la estancia Mad. Benoist, que se había quitado la cofia de blanco lienzo, substituyéndola por el sombrero de encajes que reservaba para asistir los domingos á misa. Con el vestido y manteleta de seda negra que se había puesto, no era ya la viticultora de los Pressoirs, sino una elegante señora de provincia.

— Vamos á buscarla, dijo á su hijo que le tendía los brazos.

Después de haber hecho una visita á la tumba de los Beaurand, que cubrió de flores, Estrella había regresado al hotel. Aquel vasto edificio le parecía ahora un objeto curioso, como una mansión extraña, en la que hubiese de vivir momentáneamente, para no volver á ella jamás.

Toda la tarde la empleó en elegir entre las cosas que le pertenecían las que le eran más queridas, con objeto de llevárselas consigo, haciendo que el numeroso personal de la casa recogiese todo lo demás. Cuando terminó una frugal comida, dispuso que todos los criados se retirasen á la cocina, y sola, á la débil luz del crepúsculo, recorrió las habitaciones del piso bajo del hotel. ¡Cuántos recuerdos atraía todo aquello á su memoria! Lentamente y deteniéndose

dose de vez en cuando, atravesaba la joven los salones del edificio, mientras surgían en su mente todos los sucesos acaecidos en los trece meses que acababan de transcurrir. Toda su existencia moral estaba encerrada en aquella casa, de la que se separaba sin la menor pena, pues harto había sufrido para que no abrigase ardientes deseos de olvidar: el porvenir separaría acaso de una vez los buenos de los malos períodos de su vida.

En el umbral del gabinete de Raimundo, vaciló. ¿Sería indispensable despertar las dormidas impresiones con peligro de que volvieran á abrirse las heridas de su corazón? El deber la ordenaba, sin embargo, destruir todos los papeles que habían quedado en el despacho de su esposo y que ninguna mano podía tocar más en lo sucesivo.

Después de haberse hecho esta reflexión, penetró en la estancia. Desde que hubo atravesado el umbral de aquel gabinete, se apoderó de ella un sentimiento misterioso, aunque sin amargura; pero supo conservar el imperio sobre sí misma. La vasta habitación estaba casi por completo á oscuras; sobre la chimenea veíanse los candelabros provistos de bujías. Poco á poco, con una especie de profundo respeto, pero con mano firme, Estrella las encendió todas, pegó después fuego á un papel echándolo en la chimenea y empezó su piadoso trabajo.

Unos tras otros fué abriendo los cajones de la mesa y entregando á las llamas cuanto contenían, salvo la gran cruz del general y la medalla militar de Raimundo, que puso aparte. Cartas y diplomas ardieron..., todo lo que fué querido del desgraciado y que ninguna mirada profana debía ver jamás.

Cuando las últimas chispas hubieron dejado de correr por encima de aquel montón de papeles ennegrecidos, Estrella se incorporó, y dando algunos pasos atrás fijó su vista en el retrato del general.

Una emoción, dulce y dolorosa al mismo tiempo, la dominaba; sus manos se juntaron sobre su pecho, y sus ojos fueron á buscar, como si quisiesen penetrar hasta su fondo, los del retrato, buscando en ellos la contestación á sus mudas preguntas.

No había conocido padre: esta palabra, que estaba exenta para ella de sentido, revestía inmensa importancia en boca de Raimundo. Este se había esforzado en hacerla comprender el culto que tributaba á la memoria del difunto general, y por respeto á ella y por afecto á su prometido, la joven recogió piadosamente cuanto Raimundo la comunicara durante la época en que fueron novios.

Esto era todo lo que había llegado á saber con respecto á su padre...

— Padre mío, exclamó mirando el retrato, ¿me hubiera usted querido?

Al pronunciar estas palabras, pareció á su imaginación calenturienta que aquellos ojos penetrantes y bondadosos, tan parecidos á los suyos, le dirigían como un reproche por haberse atrevido á dudar.

«En ellos fijó Raimundo su última mirada, pensó de pronto: ¿qué les diría?»

Ante el recuerdo de aquel trágico suceso, la joven se estremeció. El sitio donde cayera la sangre que manchara su ropa hallábase aún señalado en el suelo por el color más claro que tenía la baldosa recientemente raspada... Estrella miró aquel punto, hincándose sobre él de rodillas, con la vista siempre fija en el retrato del general.

— Padre mío, le dijo, querido padre, yo le hubie-ra amado á usted mucho...

La joven se puso á llorar desolada, y con el corazón transido de dolor cayó abatida sobre sí misma. ¡Cuántas penas, cuántas reflexiones agobiaban su inocente juventud! ¿No habría alguna mano compasiva que la aligerase del peso cruel de la fatalidad que sobre sus hombros gravitaba? ¡En aquellos momentos continuaba aún soportando el peso de la vergüenza y de la sangre!

Un ruido de voces junto á la puerta le hizo levantarse rápidamente. Llamaron. La joven, después de secar las lágrimas que de sus ojos manaban, dió permiso para entrar...

Mad. Benoist apareció en el umbral de la estancia, seguida muy de cerca por su hijo, cuya arrogante figura distinguió bien pronto Estrella, á pesar de hallarse aquél en la obscuridad del pasillo. Al ver á aquella anciana, bajita de estatura y vestida de negro, la joven sintió que el peso mortal que la agobiaba desaparecía por los aires como si tuviese alas. La aparición de un ángel radiante de gloria no hubiese parecido á sus ojos más luminosa.

— Hija mía, dijo Mad. Benoist, ¿quiere usted venir con nosotros?

Estrella se dejó caer casi desfallecida en los brazos de la anciana, que la recibieron abiertos.

EL RAYO DE FORMA ESFÉRICA

El rayo de forma esférica constituye una de las más curiosas manifestaciones de la electricidad. La interesante comunicación hecha por M. Violle en una de las últimas sesiones de la Academia de Ciencias de París, ha despertado nuevamente la atención del mundo científico é incitado á los físicos de todos los países á encontrar la clave del misterioso problema planteado por la naturaleza.

Como ha hecho observar M. Darboux, se dispone de muy pocas observaciones recientes de este fenómeno debidas á sabios, siendo evidente que estas observaciones serían del mayor interés y ayudarían en alto grado al descubrimiento de la verdad.

Por esto creo útil publicar el resumen de un hecho preciso, presenciado hace pocos años por mi padre, el ingeniero Luis Otto, y otras tres personas amigas suyas, cuyos nombres podría citar, en los desfiladeros del Loup durante la construcción del ferrocarril de Grasse á Niza.

«El tiempo era de tempestad y comenzaban á caer grandes gotas de lluvia; mi padre y sus amigos almorzaban en una de las salas del hotel de las «Gorges-du-Loup,» cuya ventana estaba abierta. De pronto, empujado por una ráfaga de viento, penetró en la estancia un globo de fuego de unos 20 centímetros de diámetro. Semejante á una ligera pompa de jabón, el globo de fuego, balanceándose suavemente y como si flotara en la atmósfera, dió la vuelta á la habitación sin tocar ningún objeto (figura 2). Arrastrado por una corriente de aire, volió á salir por la ventana antes de que mi padre y sus amigos, presa de una emoción muy justificada, hubiesen podido intentar huir. La aparición había durado 10 segundos. Los comensales siguieron con la vista la esfera misteriosa que, impulsada por el viento, franqueó en un minuto la distancia que separa el hotel de las rocas á pico que caen á plomo sobre el torrente del Loup. Sonó una explosión formidable en el momento en que el meteoro chocó contra las peñas (fig. 1), retumbando en el espacio fragores parecidos á los que provoca un trueno violento. Luego quedó todo en silencio; el globo de fuego se había desvanecido.»

De este hecho exacto pueden sacarse interesantes conclusiones: la primera es que la energía eléctrica puede condensarse sin intervención de ningún enlace aparente con un sólido bajo forma de esfera luminosa de una densidad aparente igual á la del aire.

La segunda es que el simple contacto con un cuerpo sólido como la superficie de una roca basta para destruir los lazos invisibles que mantienen unidas las moléculas cuya agrupación constituye el meteoro, y para destruir el equilibrio del sistema y provocar una descarga cuya violencia es idéntica á la del trueno. El rayo de forma esférica puede, en mi concepto, compararse con alguna temible combinación exotérmica cuya constitución molecular escapa á nuestro examen, y que viene á ser, desde el punto de visto físico, lo que la melinita desde el punto de vista químico.

Muchos experimentadores han tratado de reproducir en el laboratorio el fenómeno curioso de que acabo de hablar.

En el curso de mis investigaciones sobre electricidad á alta tensión, he descubierto un procedimiento experimental muy sencillo que permite obtener, hasta cierto punto, el resultado que se desea.

Basta para ello disponer paralelamente á una distancia de unos 30 milímetros dos planchas metálicas y llevarlas á un potencial elevado (unos 30.000 voltios): en estas condiciones no se produce el efluvi; pero desde el momento en que la tensión, excede de un límite determinado, fórmase una pequeña esfera de fuego, coronada de múltiples llamas, que se pasea, con un silbido particular, entre las dos planchas metálicas. Disponiendo el experimento de una manera análoga, pero separando las dos planchas conductoras por un dieléctrico ó proveyendo á una de las

planchas de una serie de puntas, se obtiene un efluvi violáceo de un efecto bellísimo que desprende abundante ozono.

MARIO OTTO.

**

LA CORAZA SZCZEPANIK

(Véanse los grabados de la página 824)

La larga serie de atentados contra monarcas y presidentes de República constituye uno de los ca-

un puñal agudo ó con una lima afilada como la que Lucheni utilizó para matar á la emperatriz Isabel de Austria, contra el pecho de un hombre cubierto con la coraza, rebotan impotentes sin dejar la más pequeña huella en el tejido. Después de este primer golpe en vano, de seguro que no había de tener el asesino tiempo para repetir la suerte.

Más dramáticas y de mayor impresión resultan las pruebas de disparos de arma de fuego contra un hombre, cuando éste, seguro de su inviolabilidad, presenta, sonriendo y sin pestañear siquiera, su pecho defendido por el admirable tejido de seda á los proyectiles que en otras circunstancias serían de efectos mortales. De todos modos, á pesar de la confianza que la coraza inspira, no deja de impresionar al que hace el disparo el descargar á la distancia de unos centímetros sobre una persona viva un revólver de 7 milímetros cuyo proyectil atravesaría á igual distancia una gruesa plancha. Los tiros dan todos en el blanco, pero no tienen la menor eficacia; los proyectiles rebotan en la coraza como perdigones sobre una plancha de hierro, y caen al suelo con la punta aplastada, dejando sólo en el punto en donde han tocado unas pequeñas manchas grises.

A pesar de su elevado precio, la coraza Szczepanik ha tenido, como se comprenderá, gran salida, siendo muchas las personalidades ilustres que la han ad-

quirido, y alguna de ellas la usa para proteger, no sólo el pecho, sino además la espalda. La noticia de este invento y la de que son varias las personas que lo utilizan, es de suponer fundadamente que en lo sucesivo hará desistir de sus propósitos á los que intenten cometer algún atentado directo: esto solo significa una gran conquista.

Szczepanik, que en la actualidad cuenta veintisiete años, era un modesto maestro de escuela de una aldea polaca y hoy se ha elevado á la categoría de uno de los primeros inventores de nuestros días, sobre todo en el terreno de la industria textil, habiendo adquirido las 55 patentes por él obtenidas la «Société des inventions Jan Szczepanik et Co.» La fabricación de cartones para telares por medio de la fotografía y de la electricidad, que ha determinado un gran progreso en materia de tejidos, así como su telar de tres colores, en el que con sólo tres colores pueden fabricarse tejidos con todos los matices naturales, le han proporcionado fama universal.

Sus estudios y sus experimentos sobre tejeduría le llevaron á confeccionar una trama de una resistencia y dureza extraordinarias, y poco á poco á introducir las mejoras necesarias hasta convertir el tejido en completamente refractario á las balas y á las puñaladas. De este modo y sin buscarlo directamente, realizó el invento de esa coraza cuyos materiales proporciona, no Vulcano, sino el delicado gusano de seda. — X.

**

UNA CURIOSA EXPLOTACIÓN SALINA
EN LOS ESTADOS UNIDOS

La industria de la sal tiene gran importancia en los Estados Unidos, sobre todo en lo que se refiere á la sal gema, y sería ciertamente interesante describir los procedimientos

perfeccionadísimos é ingeniosos que se emplean en la explotación de las minas, sea para la perforación de los pozos, que se realiza por medio de procedimientos aparentemente primitivos, sea para la cristalización de la sal, el almacenaje, etc. Desde este punto de vista podríamos citar, por ejemplo, las salinas de Manistee, en el estado de Michigan, en donde se buscan los depósitos de sal á una profundidad de 600 metros.

Pero por lo pintoresco y por la singularidad de los procedimientos de explotación nada puede compararse con lo que se llama algo pomposamente «El mar de Salton.» Hace algunos años llamó la atención esta especie de laguna salada, por haber el río Colorado, en uno de sus desbordamientos periódicos

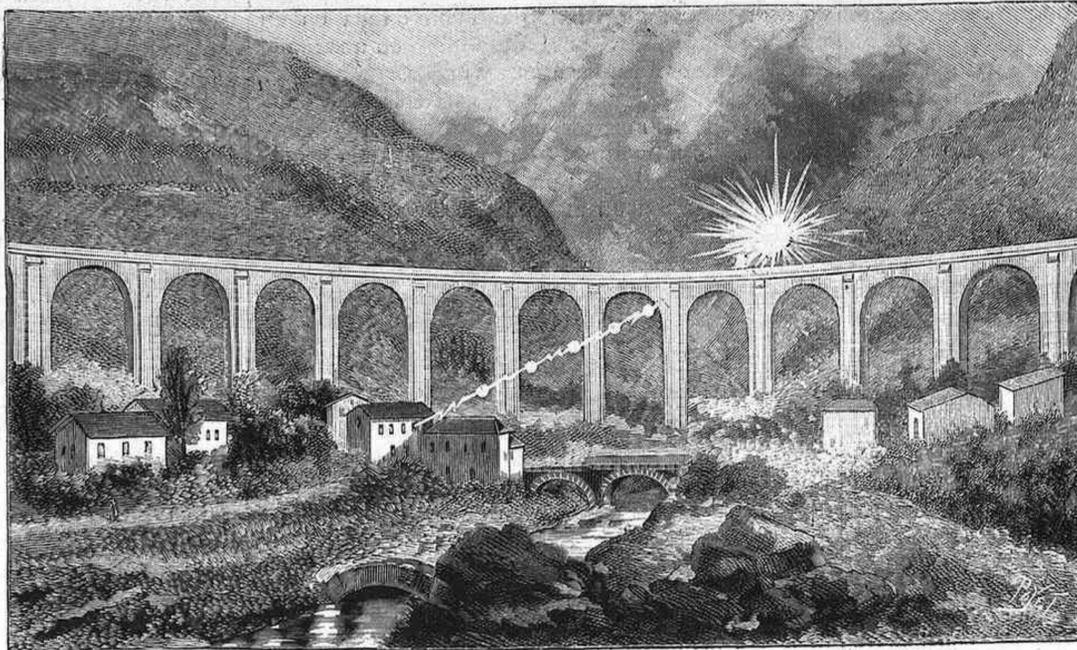


Fig. 1. - Aparición de un rayo de forma esférica en los desfiladeros del Loup, cerca de Niza (La línea blanca indica el trayecto recorrido por el meteoro)

pítulos más lamentables y emocionantes de nuestra historia contemporánea. No se han escatimado seguramente las precauciones para evitarlos; pero la astucia y la audacia de algunos fanáticos dispuestos á sacrificar su vida, demuestran que todas las medidas que se adoptan son insuficientes.

Cuantos ensayos se han hecho para proteger á los amenazados, cuando menos contra los ataques dirigidos de cerca, por medio de corazas protectoras, han dado hasta ahora resultados muy deficientes; pero la coraza inventada por el polaco Szczepanik resuelve este problema, en cuanto las partes del cuerpo protegidas directamente por ella quedan á salvo de toda agresión por arma de fuego ó punzante; y sin embargo no es de metal, sino... de seda. Por los grabados que publicamos en la página 824 puede

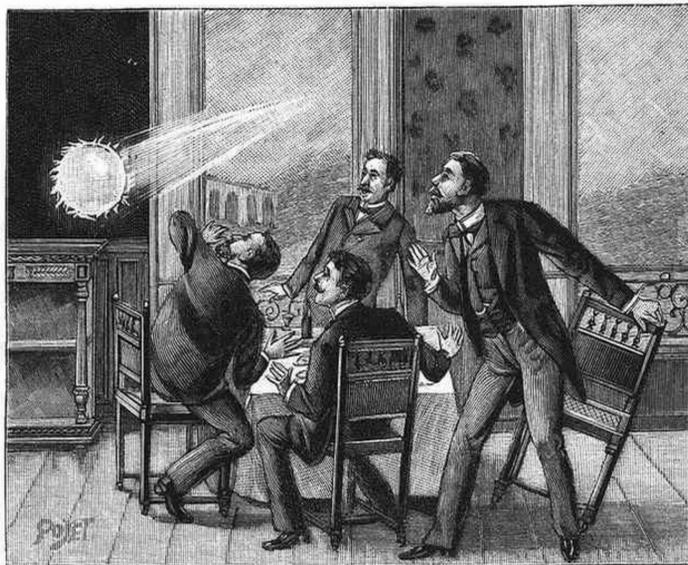


Fig. 2. - El rayo de forma esférica en la sala del hotel

verse que es una especie de chaleco cerrado completamente por delante, que cubre el vientre y el pecho hasta el cuello: el delantero está formado por una simple capa del tejido protector, cuyo grueso no excede del de una tela de abrigo de invierno; la espalda es exactamente igual á la de un chaleco ordinario.

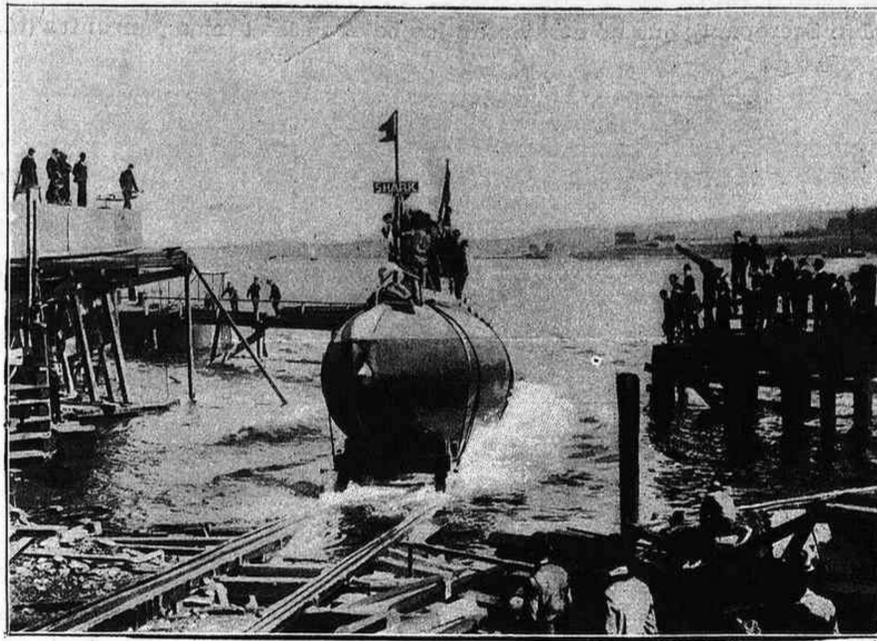
La coraza se cierra por un lado por medio de corchetes; su peso no llega á un kilogramo y medio, y es tan delgada y ligera, que puede llevarse sin molestia alguna debajo de las otras prendas. El tejido, brillante y de un color amarillo claro, es de seda, y su resistencia á las balas y á las puñaladas es debida á su elasticidad y cohesión, obtenidas merced á una trabazón especial de los hilos.

Los golpes asestados con la mayor violencia, con

cos, invadido la cuenca en donde la laguna está situada, cubriendo una extensión de algunos centenares de kilómetros cuadrados, hecho que hizo pensar en si resultaría completamente modificado el clima de aquel desierto. Las aguas de la inundación se retiraron y se reconstruyeron los diques, que contienen el Colorado; pero el «Mar de Salton» subsistió en su depresión, que es de unos 100 metros debajo del nivel del mar y que en otro tiempo debió ser una cortadura del golfo de California.

Cuando se pasa en ferrocarril cerca del *Salton Sea*, se ve como una vasta superficie de nieve, que no es sino una delgada capa de agua cubierta por una gruesa corteza de sal, lo cual se debe a que el fondo de la laguna está superficialmente compuesta de una masa de cloruro sódico: los arroyos y riachuelos de la región desaguan en aquella cuenca, y luego, gracias al calor considerable que reina constantemente en aquel desierto, aquella agua se evapora, formándose entonces una corteza de sal casi pura, de un espesor de 25 á 50 centímetros.

La recolección de esta sal se hace de una manera originalísima: para romper aquella corteza, que adquiere rápidamente una dureza y una homogeneidad bastante grandes, se la labra, trazando en ella verdaderos surcos paralelos del mismo espesor que la capa salada; para esta operación se emplea un arado de cuatro ruedas, de una forma particular, que es arrastrado de un extremo á otro de la laguna por un ca-



El nuevo submarino norteamericano *Shark*

ble que se arrolla á una cabria movida por una pequeña máquina de vapor instalada en la orilla. La sal es, por consiguiente, arrojada á los lados de modo que forme grandes rodetes que se recogen con palas para acumularlos en montones que luego se transportan á los secaderos. Toda la mano de obra desde la conducción del arado, la proporcionan los indios, que soportan mucho mejor que los blancos el calor medio de 48° que allí reina, así como el deslumbrador reflejo del sol sobre la sal. Cada arado puede preparar diariamente la reco-

lección de 700 toneladas de sal, que es conducida á un secadero formado por un gran edificio de 180 metros de largo, y luego al molino de trituración y finalmente á los tamices, que sólo dejan pasar las partículas finas, y al aspirador, que la limpia de todas las impurezas que pueda contener. Estas curiosas salinas producen anualmente una cantidad considerable de sal, cuyo precio varía, según la calidad, entre 30 y 170 francos la tonelada.

P. DE MEREL.

**

EL SUBMARINO

NORTEAMERICANO «SHARK»

El nuevo submarino americano *Shark*, que ha sido recientemente botado al agua en Elizabeth Porth, Nueva Jersey, es el cuarto de la serie de submarinos del tipo del *Holland* encargado por el gobierno de los Estados Unidos.

El *Shark* es, en general, muy parecido al *Fullon*, uno de los submarinos ya construidos, pero en él se han introducido algunas modificaciones para aumentar su velocidad. Puede navegar en la superficie del mar ó sumergido, y está provisto de dos máquinas, una movida por la gasolina y otra por la electricidad: la primera tiene una fuerza de 100 caballos, y la segunda de 70; aquélla sirve para navegar fuera del agua, y ésta para la navegación submarina. La electricidad la facilita una serie de acumuladores que pueden recargarse por medio del motor de gasolina.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de la Real Casa



26 Diplomas de Honor.
 31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídase en todas las Droguerías y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

FRANCO S. S. en París
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Puro y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et Co. 88, Rue de la Harpe, 88

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S. Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fabrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & Co, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*; los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Coraza de Jan Szczepanik que no atraviesan las balas ni las armas punzantes (véase pág. 822)



Fig. 1. - La coraza con la señal de un proyectil

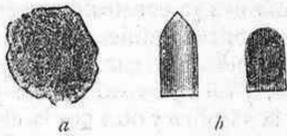


Fig. 2. - a, Forma del proyectil después de disparado contra la coraza con forro duro. b, Forma del proyectil antes y después de disparado sobre el cuerpo ó sobre un objeto blando á cinco pasos de distancia.

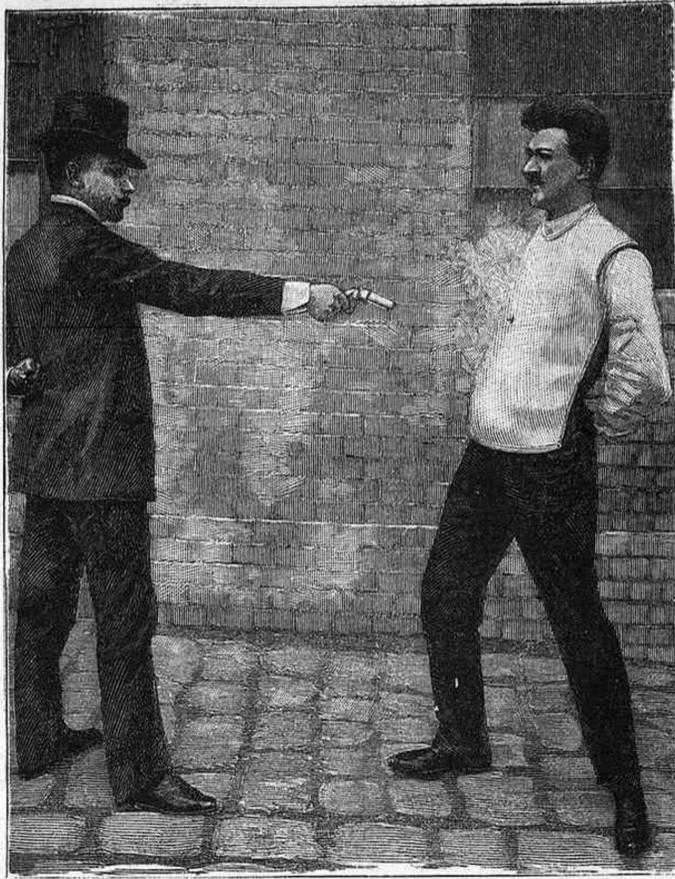


Fig. 3. - Disparo de un revólver sobre la coraza á dos pasos de distancia.



Fig. 4. - La coraza puesta á modo de prenda interior

**COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO**

**GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU**

*El mejor y más económico
Ferruginoso.*

CLIN Y COMAR, PARIS. - En todas las Farmacias. 654

LA HARINA MALTEADA VIAL
AUTODIGESTIVA

es la única que se digiere por si sola

Recomendada para los
NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE,
durante la dentición y el crecimiento,
como el alimento más agradable y for-
tificante. Se prescribe también á los
estómagos delicados y á todas las personas
que digieren difícilmente.

PARIS, 8, Rue Vivienne.
Y EN TODAS LAS FARMACIAS

Las
Personas que conocen las
**PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT**
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
lo que sucede con los demas purgantes, este no
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
ciones. Como el cansancio que la purga
ocasiona queda completamente anulado por
el efecto de la buena alimentacion
empleada, uno se decide fácilmente
á volver á empezar cuantas
veces sea necesario.*

**ENFERMEDADES
DEL
ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estó-
mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
regularizan las Funciones del Estómago y
de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iri-
tacion que produce el Tabaco, y especialmente
á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**AVISO Á
LAS SENORAS**

**EL APIOL DE LOS
JORET Y HOMOLLE**

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

Tia G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empleese el PILLIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN